

BOLSIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

muerte dorada

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



1

EL coche enfiló la Corniche del Esterel, dejando atrás el ascua de luz que era Antibes en la madrugada, semejante a un collar de perlas desparramándose sobre las quietas aguas del Mediterráneo.

La noche era tibia, suave, con el perfume del mar y el aroma de los pinos turbando los sentidos. La muchacha que viajaba en el coche suspiró:

—Marcel...

El hombre sentado ante el volante dijo:

—No empieces otra vez, gatita.

—Estaba pensando en lo aburrido que se volverá todo cuando te hayas ido...

—Eso tiene fácil arreglo. Ven a París conmigo.

—Tú sabes que no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Trabajo aquí. ¿Lo has olvidado? No encontraría otro empleo tan bueno en ninguna otra parte.

—Yo podría ofrecerte otro mejor, si te casases conmigo.

—Tú no eres de fiar, querido —rio la muchacha.

El soltó un gruñido. Luego, preguntó:

—¿Dónde está ese condenado desvío? Tengo la impresión de que lo hemos dejado atrás.

—No, aún falta un poco... después de esa curva.

El «Facel Vega» zumbó al cambiar la marcha y encaramarse por la pronunciada cuesta del desvío. Minutos después, las luces del coche bañaron de claridad una impresionante verja de hierro, rematada por agudas puntas de lanza.

Marcel Durand detuvo el coche y apagó las luces, volviéndose hacia su acompañante.

—Chris, éste es el final, si insistes en quedarte en esta cárcel.

Christine se echó a reír.

—¿Cárcel? —exclamó—. Tú estás loco, cariño. ¿Sabes cuánto le costó a monsieur Ribeyre esa «cárcel»? ¡Tres millones de francos nuevos!

—Como si fueran treinta. Para mí seguiría siendo una cárcel.

—Si realmente me quisieras, te quedarías un poco más en Antibes...

—¡Qué más quisiera! Pero mi cuenta corriente está dando las últimas boqueadas. No, linda; es imposible.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—De momento, esto.

La atrajo y la besó.

Ella enroscó sus brazos desnudos en torno al cuello de Marcel Durand. Sus labios eran jugosos y tiernos, y ardieron en el tiempo que se prolongó el beso.

Después musitó;

—Te echaré de menos, querido.

—Se me ocurre que encontrarás pronto algún sustituto. ¿No?

—¿Celoso?

—¿Tú qué crees?

Ella le besó de nuevo. Nadie tenía nada que enseñarle respecto al arte de besar y, por unos instantes, la noche se detuvo para ellos, como si un inmenso silencio hubiera caído sobre el mundo, aislándose en lo más profundo de un abismo de ansias y deseo.

—Te quiero, Chris —murmuró el hombre—. Eso debería hacerte reflexionar.

—Pero no puedes quedarte.

—No.

Ella se apartó a regañadientes.

—Tendré vacaciones dentro de un mes. Iré a verte a París.

—Eso espero.

Christine abrió la portezuela de su lado. La oscuridad era completa y el silencio total, turbado solamente por el susurro del aire entre los árboles.

Se apeó.

—Odio las despedidas —su voz tembló—. Adiós, querido...

Giró sobre los talones y se encaminó a la verja.

Marcel tanteó los bolsillos, buscando un cigarrillo. Lo encontró, llevándolo a los labios.

Oyó el chasquido de la puerta de hierro. Apretó el encendedor eléctrico y en aquel instante sonó el grito.

Fue un chillido agudo, vibrante en el silencio como el toque de un clarín.

De modo instintivo, Marcel brincó por encima de la portezuela del descapotable y corrió hacia la verja.

—¡Chris! —gritó.

Escuchó una especie de quejido. Captó también el rumor de unos pies corriendo a su derecha, alejándose, y estuvo tentado de cambiar de dirección para perseguir al hombre que huía.

Pero estaba terriblemente inquieto por la muchacha, y prosiguió adelante. La puerta pequeña de la verja estaba abierta y se coló por ella.

Christine jadeaba, tendida sobre la grava del paseo de entrada. Arrodillándose junto a ella, la incorporó. Sosteniéndola contra su cuerpo.

—¡Chris! ¿Estás bien?

—¡Marce!!

—¿Qué sucedió?

—No sé... había un hombre aquí... me golpeó tan pronto hube abierto la verja. Me derribó y echó a correr. Creí que iba a matarme.

—¿Pudiste verlo?

—¿En esta oscuridad?

—Claro, claro, olvídalo. ¿Estás herida?

—Me duele mucho la pierna y la mejilla, donde me pegó.

—¡Ese hijo de perra!

La ayudó a levantarse. Ella apenas podía sostenerse de pie y se quejaba continuamente.

—¿Cómo se abre el portón? Entraré el coche y te llevaré a la casa.

Ella sacudió la cabeza.

—Tiene una cerradura electrónica. Sólo puede abrirse desde la mansión o mediante el mecanismo que llevan los coches de la casa.

—Está bien, pequeña, debí suponerlo.

La levantó con facilidad y echó a andar hacia la lejana e impresionante construcción.

Vio una inmensa masa negra, en la que tan sólo había luz en dos ventanas de la planta baja. Pasó junto a una piscina, de proporciones colosales y lanzó un juramento.

—¿Para qué tan grande? ¿Es que navegan con un acorazado? —dijo, gruñón—. Esa gente te está echando a perder, cariño.

Ella dejó de quejarse y sonrió.

—Tú debes ser comunista, Marcel. Odias a los ricos.

—¿Qué dices? Yo vivo de los ricos precisamente. Pero esto se me antoja desorbitado... demasiado rico, si es que entiendes lo que quiero decir.

—No...

—Yo tampoco.

—¿Sabes una cosa, querido?

—Dímelo.

—Me gusta viajar en tus brazos.

—No vayas a tomarlo por costumbre.

La besó sin detenerse. Estuvo a punto de caer, al tropezar con los escalones que daban paso al amplio porche, flanqueado de columnas de mármol rosado.

—El timbre está allí... junto a esa enredadera...

Llamó y poco después la puerta se abrió, mostrando un inmenso vestíbulo, amueblado de modo delirante. Marcel abrió la boca, estupefacto, sin apenas prestar atención al hombre vestido con un ridículo uniforme que quedó enmarcado en el portal.

La muchacha murmuró:

—Jaques, ¿están los señores en casa?

El mayordomo carraspeó.

—Seguro, señorita Berge, pero...

El hombre estaba asombrado por la extraña escena.

El hecho de que alguien apareciera en la puerta con una mujer en brazos no encajaba dentro de las rígidas normas de su cometido.

—He tenido un ligero accidente, Jaques —explicó la muchacha apresuradamente—. ¿Ha sucedido algo desacostumbrado aquí?

—No sé qué quiere decir... nada ha sucedido esta noche.

—Había un intruso en el jardín.

Marcel añadió:

—Fue el tipo que la atacó.

—¡Oh!

Entró, preguntándose dónde demonios podría dejarla. El vestíbulo era una monstruosidad grande como una sala de espectáculos, amueblado con una mezcla increíble de colores y estilos.

En un rincón, cerca del inicio de una escalera, se alzaba una armadura reluciente. Era un guerrero en cuya mano sostenía una maza de guerra, erizada de agudas puntas, y que a Marcel se le antojó capaz de desnucar un elefante.

—Creo que podré andar, Marcel —le recordó ella suavemente.

La depositó en el suelo, justo cuando se abría una puerta. El hombre que apareció en ella era alto, gordo y pesado. No pudo contener una exclamación de disgusto ante la escena.

—¿Qué significa eso, señorita Berge? —exclamó.

—Lo siento, señor Ribeyre...

Entonces, el propietario de la casa advirtió la sangre en la rodilla de la joven, y el desorden de sus cabellos y sus ropas y se aproximó.

—¿Qué le pasó?

—Había un hombre en el jardín, cerca de la verja. Me atacó cuando entré.

Bruno Ribeyre palideció.

—¿Un ladrón? —jadeó.

—No sé...

Marcel dijo:

—Huyó como un rayo, después de derribar a Chris. Ni siquiera pude verle.

El hombrón se volvió hacia él, clavándole sus ojillos astutos.

—No creo conocerle, señor...

—Durand, Marcel Durand. Un amigo de Christine. La traje en mi coche y fue cuando sucedió eso.

—No comprendo... Pero vaya a curar esa herida, señorita Berge. Tiene un buen rasguño en la rodilla, y su rostro tampoco ofrece buen aspecto.

Ella asintió y, tras una mirada a Marcel, se internó en la casa.

Ribeyre carraspeó. De pronto, dijo:

—Creo que este suceso nos ha desconcertado a todos. Ni siquiera

le he ofrecido algo de beber, señor Durand... Jaques, prepara lo que el señor desee.

—Gracias, hemos bebido bastante esta noche. Debería usted asegurarse de que el intruso no se llevó nada, señor Ribeyre.

—No creo que... Pero, desde luego, lo comprobaré. ¿Está seguro de que no pudo verle en absoluto?

—Estaba demasiado oscuro y todo sucedió en unos segundos. Oí sus pasos cuando corría, pero Chris necesitaba ayuda, y no pude perseguirle.

—Comprendo... no creí que se atreviera a...

Marcel enarcó las cejas, intrigado. El mayordomo había desaparecido. Se sintió violento allí, sin saber qué decir ni qué hacer. Por otra parte, quería despedirse de Christine y asegurarse de que se encontraba bien.

Ella volvió, apenas unos minutos después. Se había embadurnado el profundo rasguño con un desinfectante rojo, y peinado un poco su larga cabellera rubia como el oro viejo.

Marcel se despidió del dueño de la casa, en cuya actitud advirtió una extraña rigidez, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de allí y de cuanto sucedía a su alrededor.

Después, la hermosa muchacha de largas piernas y cuerpo rebosante de vitalidad, le acompañó hasta la salida.

El mayordomo había encendido las luces del jardín. Marcel contempló el delicioso rostro de Chris y suspiró:

—Un mes... Si no vienes a París, vendré y le pegaré fuego a esta choza.

—Adiós, cariño.

Se miraron largamente, antes de besarse. Después, él giró sobre los talones y echó a andar sendero abajo hacia la verja.

Jaques le esperaba allí para cerrar cuando él hubiera salido.

El hombre murmuró:

—Buenas noches, señor.

Marcel se detuvo.

—¿Había sucedido antes algo así, Jaques? —preguntó.

—Desde luego que no, señor.

—¿Y no han robado nada?

—Todavía no se hizo una comprobación a fondo, pero no lo creo, señor. Hubiésemos oído algo, ¿no cree?

—Tal vez. Lo más sorprendente es que los ladrones no son tontos, ¿comprende? No entran a robar en un lugar repleto de gente. Me pregunto qué estaría haciendo aquí ese individuo... En, fin, buenas noches.

Oyó tras él el chasquido de la puerta. Puso en marcha su estilizado «Facel Vega» y lo lanzó pendiente abajo.

El suceso le intrigaba, pero se dijo que nada de todo aquello le incumbía, excepto en lo que podía significar de riesgo para Christine.

Estacionó el coche cerca del hotel. Antes de entrar en éste, anduvo hasta la esquina donde había un bar y tomó un refresco de naranja.

No pudo quitarse la bella imagen de la muchacha de su imaginación en todo el tiempo. Era algo que no le había sucedido nunca, el que una mujer se metiera tan adentro de él, y no sabía si el hecho le disgustaba o no.

Lo que era indudable era que turbaba su vida de un modo absoluto.

Refunfuñando entre dientes, se fue al hotel en esa última noche cálida y perfumada de Antibes...

2

FERDINAND CARBUCCI era un hombre tan delgado que alguien lo comparó una vez con un silbido. Alguien que ocupaba su misma celda en el penal y con el que terminaron a navajazos, cosa que incrementó en un par de años la condena con que le había obsequiado un tribunal excesivamente benigno.

Carbucci, además de extremadamente delgado, era alto y de movimientos rápidos y bruscos, como los de una serpiente. Su mayor orgullo era afirmar que no había trabajado en su vida.

«A mí nadie me explota», solía decir.

Que era tanto como afirmar que quien explotaba a los demás era él.

Había tenido sus buenos tiempos, allá, en Marsella, cuando en sus años mozos «controló» no menos de seis «damas de la noche», viviendo como un príncipe, chuleando por las callejas y las tabernas, con harén a su disposición cuando se le antojaba, así fuera un harén de segunda o cuarta mano, pero por aquel entonces se sentía el dueño del mundo.

Después, vinieron tiempos difíciles. La policía tuvo una temporada de celo desacostumbrado. Surgieron otros granujas pisándole el terreno, y ya no fue tan fácil tener bajo su férula a las desgraciadas que se vendían para que Carbucci, y otros como él, vivieran a sus expensas.

Era preciso defender sus «propiedades» con la navaja en la mano. Carbucci comenzó a pensar que la cosa se había vuelto demasiado arriesgada, de modo que «vendió» su mercancía humana y emigró a otros climas.

Era ágil, astuto como un zorro y carecía de escrúpulos. Cambió de especialidad y en toda la Costa Azul los propietarios de villas aisladas pronto tuvieron noticias suyas.

Hasta que fue capturado, juzgado y condenado.

La etapa en la cárcel le sirvió para reflexionar a fondo, aparte de adquirir experiencia mediante los cambios de impresiones con los veteranos presidiarios.

Supo que para prosperar era preciso elegir mejor sus objetivos, y no asaltar cualquier villa desierta, a voleo. Pocos golpes y bien dados, ahí estaba el secreto. Botín valioso y que no abultara mucho, un coche para huir y trasladarlo, y eso era todo.

Sencillo.

Llevaba dos semanas de libertad cuando llegó a Antibes. Tenía algunos ahorros, lo suficiente para empezar y ambientarse.

Se dedicó a efectuar largos paseos por las afueras, recorriendo las colinas, encima de la Corniche del Esterel.

Vio villas y chalets de una riqueza increíble. Pero todos ellos habitados por una legión de sirvientes, invitados y gentes de todas clases.

Era preciso esperar a que terminase la temporada o a tener la suerte de tropezar con alguna que estuviera accidentalmente desocupada.

Se alojó en una pensión de tercera categoría. Llevaba una vida más bien contemplativa, con largas horas en la playa, llegando hasta La Garoupe algunas mañanas.

Luego, por las tardes, a la caída del sol, iniciaba sus recorridos de inspección.

Así, un atardecer, descubrió su primer objetivo.

La villa era enorme, lujosa, con un jardín cuidado con exquisito gusto. Estaba rodeada por una pared de ladrillo rojo, tan fácil de saltar que daba risa.

En su paseo, Carbucci llegó a tiempo de ver cargar toda una colección de maletas en dos coches. Después, un hombre distinguido, de cabello gris, cerró con cuidado las puertas, los coches se pusieron en marcha y se perdieron de vista en el recodo.

Ferdinand Carbucci llegó a la conclusión de que, para entrenarse después de su prolongada inactividad, aquello era lo que necesitaba.

Silbando entre dientes, regresó a Antibes sin prisas, como uno de tantos paseantes como se cruzaban con él.

* * *

Marcel Durand cerró la última maleta. Comenzaba a notar la nostalgia del sol, del mar y de la vida que había gozado durante ese mes pasado en Antibes. Una nostalgia quizá anticipada, que aún no había abandonado el hotel, pero en la que tenía buena parte de culpa Christine Berge, con la que seguía pensando de modo casi obsesionante.

Se asomó por última vez al ventanal, desde el que podía contemplar una gloriosa visión de la playa dorada, el mar increíblemente azul y quieto, y las manchas blancas de los balandros deslizándose perezosamente sin rumbo, como si las embarcaciones gozaran también del cálido paraíso azul y oro.

Con un gruñido, se apartó, dirigiéndose al teléfono. Pediría la cuenta y un botones, y al demonio con todo aquello.

Antes que pudiera descolgar el auricular, alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—Entre, está abierto —exclamó.

Se quedó atónito al reconocer a Bruno Ribeyre, el patrón de Christine.

—Hola, veo que aún llego a tiempo —comentó el hombrón.

Cerró a sus espaldas. Marcel dijo:

—¿Le ha sucedido algo a Christine, señor Ribeyre?

—No, en absoluto. Está perfectamente esta mañana, excepto el moretón en su mejilla y el rasguño de la pierna. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, me ha sorprendido su presencia, esto es todo.

—Claro, claro... Decidí venir a verle, después de hablar con mi secretaria... con Christine quiero decir.

—Temo no comprenderle, pero siéntese. Me marchó esta mañana, pero tanto da una hora antes como después.

—Usted no se irá de Antibes, señor Durand.

Este dio un respingo.

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

El tono dominante del corpulento individuo le sacaba de quicio.

—Quiero que se quede. Tengo una proposición que hacerle, señor Durand... una proposición relacionada con su trabajo, por

supuesto.

—¿Cómo...?

—Christine —explicó Ribeyre con tono impaciente—. Le hice algunas preguntas sobre usted. Así supe que en París tenía usted una oficina, y que se dedicaba a la investigación privada.

—Ya veo.

—Le necesito.

—No es usted de los hombres que necesitan ayuda para resolver sus problemas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Cualquiera que trate de crearle dificultades, lo pasará mal, con usted, a menos que me equivoque mucho.

—En parte, tiene razón. He subido desde abajo, ¿entiende? He luchado a brazo partido hasta llegar a la cumbre del poder y la riqueza. Nunca he necesitado ayuda... excepto ahora. Ayuda y consejo.

—Mire, si la idea que usted tiene de mi trabajo es algo inspirado en esos detectives de serial televisivo que nos mandan de Norteamérica, olvídelo, señor Ribeyre. Eso no tiene nada que ver con la realidad de nuestro país.

—¡Oh, al infierno Norteamérica! Le necesito a usted, si la mitad de lo que mi secretaria me ha contado es cierto.

Marcel suspiró.

—Está bien, le escucharé. ¿Es algo relacionado con el intruso de anoche?

—No lo sé, pero me temo que sí.

—Bien, adelante, señor Ribeyre.

—Me llamaron por teléfono hace una semana.

—¿Chantaje? —gruñó Marcel.

—Bueno, no tienen nada con que exprimirme... excepto mi pellejo.

—Más claro, por favor.

—Si fuera una exigencia de tipo digamos... habitual en estos casos, algo con que presionarme revelándolo a mi mujer o algo así, no me importaría. Les hubiera mandado al infierno. Me tiene absolutamente sin cuidado lo que piense mi mujer. Yo soy la llave de la caja fuerte para ella, así que su opinión no cuenta. Pero no se trata de eso. O pago un millón de francos o me matan, es así de

sencillo.

—¿Eso fue lo que le dijeron por teléfono?

—Ni más ni menos. Me dieron de tiempo hasta el último día de este mes para reunir el dinero. Si no lo hago, el día uno del próximo agosto estaré muerto. Eso fue lo que aseguró el individuo del teléfono.

—¿Eso es todo?

—¡Condenación! ¿Le parece poco? ¡Un millón de francos fuertes!

—¿Qué piensa usted hacer?

El hombre titubeó.

—No lo sé —refunfuñó, al fin—. Le diré que cuando me llamaron por primera vez colgué el teléfono, después de mandarlos al infierno. Creí que era una broma, o una artimaña de alguien que me odia, y quería inquietarme... Pero volvieron a llamar otra vez, y le aseguro que el tipo ya no bromeaba. Y, esta mañana, junto a la ventana de mi estudio, encontré esto.

Sacó un sobre del bolsillo. No había nada escrito en él.

Marcel lo tomó, sacando una hoja de papel. Escrito a lápiz, con mayúsculas, había un breve mensaje:

«Eso le demuestra que puedo llegar hasta usted. Le quedan solamente diez días. Un millón o muere, Ribeyre. Piénselo.»

—El intruso de anoche —rezongó Marcel—. Se coló para dejar esta nota en la casa, y Christine y yo estuvimos a punto de sorprenderlo.

—Lo inquietante es que consiguió llegar. Y en mi jardín hay dispositivos de alarma, así como en la verja. Ninguno funcionó.

—Entiendo. Y le repito la pregunta. ¿Qué piensa hacer?

—No lo sé.

—¿Ha tratado de pensar en alguien conocido como posible chantajista? Quizá algún rival en los negocios...

—Es inútil. Desde la segunda llamada, me he estrujado los sesos tratando de adivinarlo.

—Mi consejo es que pida ayuda a la policía, señor Ribeyre —dijo Marcel, casi con brusquedad.

—¿Por qué? Si lo hago, el asunto se hará público. Seré el hazmerreír de todas mis amistades.

—No necesariamente.

—¿Quiere decir, con eso, que no quiere usted trabajar para mí

en este asunto?

—No hay mucho que yo pueda hacer. Es imposible que permanezca junto a usted día y noche. Y buscar al chantajista, sin más datos de los que usted posee, resultaría una pérdida de tiempo, y de dinero por su parte.

—¡Condenación! Es mi dinero, en todo caso. ¿Cuánto quiere cobrar por tomar a su cargo este caso?

—Mire...

—Veinte mil francos, Durand.

Marcel enarcó las cejas.

—¿Veinte mil francos, con todas las probabilidades en mi contra?

—Diez, ahora. Diez mil más en el Banco, a su nombre, que podrá cobrar el día 2 de agosto, cuando esto se haya resuelto de un modo o de otro.

Marcel se quedó sin habla. Pensó en Christine, en que podría estar junto a ella durante diez o doce días más...

—Conforme —decidió—, pero metiendo a la policía en el lío, señor Ribeyre. Denuncie la amenaza, y que ellos se pongan a trabajar por su cuenta. Tienen medios, de los que yo carezco aquí.

—¿Qué medios?

—Gente disponible para vigilar su residencia discretamente, laboratorio para examinar esta nota, y posiblemente dispongan también de un Vocoder.

—¿Qué demonios es eso?

—Un aparato para descomponer la voz humana. Instalarán una grabadora en su teléfono, y si el chantajista llama otra vez, su voz quedará registrada. Después, con el Vocoder podrán descomponerla y, en caso de sospecha, compararla con la del sospechoso. Ese aparato no miente jamás, señor Ribeyre.

—Está bien, de acuerdo, lo haremos así. Pero usted se trasladará a mi residencia. Vivirá allí de modo permanente y...

—Necesito libertad de acción, entrar y salir cuando lo crea conveniente. Creo que...

—Nadie se lo impedirá, naturalmente.

—Muy bien, usted gana.

Bruno Ribeyre se levantó. Esbozó una mueca que quería ser una sonrisa.

—Se parezca usted o no a esos detectives de la televisión americana, Durand, confío en usted. ¿Cuándo se trasladará a mi casa?

—Esta tarde. Ahora le acompañaré a la Prefectura para que presente la denuncia.

—No estoy muy seguro de que eso sea lo más conveniente...

—Es imprescindible, créame.

—Bien, vamos. Soy un hombre muy importante en toda la costa. Les obligaré a moverse, les guste o no —rezongó, mientras se dirigía a la puerta.

Marcel ocultó una mueca.

Estaba disgustado por haberse dejado convencer. El dinero era importante, pero lo era todavía más sentirse satisfecho de sí mismo y del trabajo. Y no podía estar satisfecho trabajando para un hombre como aquél, brusco, autoritario, con sus actitudes de déspota, que chocaban con su propio sentido de las proporciones.

Únicamente la posibilidad de continuar más tiempo junto a Christine hizo soportable la idea de someterse.

Así que salió tras el gran hombre y cerró la puerta.

3

FERDINAND CARBUCCI recorrió primero toda la villa, alumbrándose con una linterna eléctrica. Era inmensa, y casi se extravió. Pero vio riquezas dignas de atención, lo cual le llenó de entusiasmo.

Encontró un mueble construido especialmente para alojar toda una cubertería de plata de ley. Centenares de piezas que, al fijarse con detalle, vio que tenían incrustaciones de oro en las empuñaduras. Llenó casi las dos maletas que había traído sólo con toda aquella riqueza.

Estuvo tentado de llevarse también los cuadros que colgaban en las paredes, pero desistió, ante su ignorancia en cuestiones de arte. No era cuestión de arriesgarse a cargar con algo que a lo mejor no tenía valor alguno.

Prosiguió su requisa. En el dormitorio principal descerrajó los cajones de un exquisito tocador. Estuvo a punto de caerse de espaldas al ver el montón de joyas contenidas en un gran estuche tapizado.

Nunca en su vida había visto nada semejante. No era un experto en pedrería, pero sí tenía los suficientes conocimientos para saber que aquello valía una fortuna. No era bisutería, precisamente.

Una hora más tarde, había localizado cinco mil francos en un despacho-biblioteca. Apenas podía arrastrar las dos maletas, pero como pudo las trasladó hasta el coche, un «Simca», grande, que se había llevado de un aparcamiento, y que dejaría abandonado en la población, tan pronto hubiera trasladado las maletas a la pensión.

No hubo ningún tropiezo a la salida. Manejó el coche con

cuidado, consciente del riesgo de sufrir un accidente con todo aquel cargamento encima y con un auto robado.

Cuando llegó a Antibes, eran pasadas las tres de la madrugada.

En la pensión todo el mundo dormía. La calleja estaba desierta y silenciosa, de modo que estacionó a cierta distancia. Hizo dos viajes para llevar las maletas a su cuarto. Luego, volvió a salir y condujo el coche hasta el paseo cercano a la playa.

Eufórico, Carbucci anduvo lleno de entusiasmo de regreso a la pensión. Ahora había comprobado que las cosas podían resultar tal como había pensado durante sus años de encierro.

El día siguiente buscaría un apartamento pequeño que no fuera muy caro, y en el que poder guardar el botín que fuera reuniendo a lo largo del tiempo que estuviera operando.

Después, darle salida no ofrecería dificultad alguna. No en vano, Carbucci disponía de excelentes «relaciones».

Casi tropezó con una pareja estrechamente abrazados en una esquina. Enroscados, ni siquiera le prestaron atención cuando se apartó, gruñendo entre dientes.

Apenas se cruzó con nadie en su camino. Habían tenido razón los que en la cárcel le aconsejaron seleccionar bien sus golpes en la Costa Azul. Pocos, pero seguros y provechosos.

Aquella gente que vio partir, cargada con tantas maletas, seguramente tardaría en regresar, y para entonces sería imposible seguirle el rastro al botín.

Feliz, Ferdinand Carbucci se acostó y solamente vio turbado su tranquilo sueño por el recuerdo de aquella apasionada pareja con que tropezó.

Extraños pensamientos le asaltaron, rompiendo el sueño a lo largo de la noche. Acabó comprendiendo que todo era debido a que en la actualidad no disponía de su antiguo harén particular.

Habría que hacer algo al respecto, también. Un hombre no puede vivir mucho tiempo solo.

* * *

Sentado frente al comisario, Marcel dijo:

—Llevo dos días en la residencia de los Ribeyre. Y el chantajista está en Antibes, no ha dado señales de vida.

El comisario se llamaba Lepreux. Era un hombre tranquilo, de estatura mediana y rostro inexpresivo.

—¿Qué esperaba usted, que llamase todos los días? —gruñó.

—Desde luego que no, pero ha de mantener «caliente» la inquietud de su víctima. Llamará, estoy seguro.

—Y entonces grabaremos su voz; muy bien. Pero si eso es todo lo que obtenemos, poco habremos adelantado.

—¿No han podido encontrar, sus hombres, ningún sospechoso?

—Hay que andar con pies de plomo en un asunto como éste. El señor Ribeyre es una personalidad en la costa, y sus relaciones son tan importantes como él. Naturalmente, en su vida habrá pisado algunos callos, y hasta es posible que mucha gente le odie. Pero de ahí a encontrar sospechosos media un abismo.

—Un hombre no adquiere una posición como la de mi cliente en tan pocos años sin... digamos, bordear la ley. ¿Nada por ese lado?

Una sonrisa aleteó en los labios del comisario.

—El señor Ribeyre es el presidente de nuestro Club Náutico. Tiene un edificio en Niza que alberga sus oficinas. Es el propietario del Hotel del Mar. Posee la mayoría de acciones del Casino. Maneja cifras impresionantes como principal contratista de la costa, y tiene en sus nóminas alrededor de dos mil obreros de la construcción. ¿Cree usted que con todos esos negocios, con toda esa gente, podemos ni siquiera imaginar un individuo determinado como sospechoso? Naturalmente que bordeó la ley, supongo, en sus comienzos. Pero eso no nos lleva a ninguna parte.

Marcel se encogió de hombros.

—Comisario, el tipo que telefoneó pidiendo ese millón, no es ningún fantasma. Nadie en su sano juicio emprende una jugada tan arriesgada, sin tener ciertas garantías de éxito...

—¿Qué quiere decir con eso, Durand?

—Que el chantajista es alguien que conoce muy bien a su víctima.

—Eso no sirve de nada. Hay centenares de personas que le conocen, aparte de sus empleados.

—Hábleme de Bruno Ribeyre, comisario.

Lepreux lanzó un juramento.

—Usted cobra de él, ¿no es cierto?

—Seguro.

—Entonces, ¿por qué preocuparse del cliente? Es al chantajista a quien debería buscar.

—Usted tiene cinco o seis hombres ocupados en esa tarea. Poco podría hacer yo solo. Pero si conozco la historia del señor Ribeyre, quizá pueda pensar en alguien determinado, que le guarde rencor a causa de los negocios que le llevaron a la cima.

El comisario Lepreux carraspeó.

—Comprendo... A usted no le simpatiza nuestro principal ciudadano, ¿no es cierto, Durand?

—En absoluto.

—Ya veo... Bien, Bruno Ribeyre llegó a Antibes hace unos ocho años. No era nadie, entonces. Tenía el título de delineante, y empezó a trabajar en una empresa de Niza, dedicada a construir edificios de apartamentos en toda la costa. Un año después, era el dueño de esa empresa.

—Bueno, ¿cómo lo hizo: ganó en Montecarlo, o asaltó un Banco o qué?

Lepreux hizo una mueca.

—Más sencillo que todo eso... La empresa para la que trabajaba construyó un edificio de once plantas destinado a apartamentos más o menos económicos. Ya sabe cómo trabajan algunas construcciones... Escamotean hierro y cemento, y luego venden las casas como si realmente estuvieran construidas a prueba de bomba. Total, el edificio se hundió como un castillo de naipes. Murieron varios obreros, y se levantó un escándalo de todos los diablos.

—Pero si Ribeyre era solamente un delineante, no pudieron incriminarle a él...

—Por supuesto que no. La sociedad se desintegró tan completamente como el edificio hundido. Hubo una serie de procesos, indemnizaciones y escándalos, porque no había dinero en ninguna parte. Bruno Ribeyre vio su oportunidad, obtuvo dinero de alguien y se quedó con la empresa. Así fue cómo empezó.

—¿Y las indemnizaciones?

—No creo que los damnificados llegasen a cobrar nunca.

—Entiendo.

—Hubo quien dijo que el dinero con que se apoderó del negocio procedía de los mismos socios «arruinados», que así escabulleron el bulto.

—De modo que actuó como un hombre de paja.

—Poco más o menos. Pero si fue así, a los socios les salió el tiro

por la culata. En poco tiempo, Ribeyre amplió el negocio, obtuvo contratos increíbles, y subió como la espuma. En cinco años, seis o siete grandes constructoras de la costa se arruinaron estrepitosamente, y pasaron a sus manos hasta convertirse en una potencia económica. Adquirió hoteles, puso en marcha negocios, que luego vendió... En fin, llegó «arriba».

—No me diga que, con todo este embrollo, no utilizó alguna artimaña sucia. Nadie consigue eso en tan poco tiempo, sin disponer de una montaña de millones. Nadie arruina cinco o seis constructoras así como así.

—Él lo hizo.

—Se me ocurre que si uno los busca donde debe, encontrará decenas de individuos que odian a Ribeyre con todos sus sentidos.

—Eso no se lo discuto. Pero de ahí a identificar a cualquiera de ellos con el tipo del teléfono, media un abismo.

—Sin embargo, trataré de meter la nariz por ese lado.

—Y posiblemente, su cliente le obsequie con un puntapié en las posaderas. No va a gustarle que nadie ponga al descubierto sus manejos. Y recuerde que actualmente es un hombre muy influyente. Tiene poder en toda la costa, y excelentes relaciones en París. Ya sabe, qué quiero decir con eso, ¿no?

—Creo que sí.

—Se han alzado urbanizaciones enteras que nadie sabe quién financió. Inmensos capitales, que ciertamente no eran de gente de la costa, sino que vinieron de París. Se expropiaron tierras para edificar complejos residenciales, al amparo del sacrosanto turismo... y para expropiar terrenos se necesita mucha influencia en la capital, Durand, eso ya lo sabe usted.

—Comisario, se me ocurre que usted tampoco simpatiza con su primer ciudadano...

—Nunca dije lo contrario.

—Ya veo... Está bien, hablaré con usted si descubro algo que pueda aportar alguna luz en este embrollo.

Marcel se levantó. El comisario se llevó la pipa a los labios y le vio marchar con su mirada inexpresiva, sentado detrás de su escritorio, tan inmóvil como una imagen de Buda.

Las calles hervían bajo un sol inclemente cuando Marcel manejó el coche, buscando la salida de la población. Tenía una cita con

Christine, y no deseaba llegar tarde, aunque esta vez tuviera la intención de mezclar el placer con los negocios...

4

—¿No puedes pensar en otra cosa? —se quejó la muchacha.

Estaban junto a la piscina. El dorado cuerpo de Chris resplandecía al sol, sosteniendo por arte de magia las dos diminutas piezas de un bikini increíble.

Marcel ladeó la cabeza, guarecido bajo la sombra de un gran parasol multicolor.

—Me obsesiona tu jefe, linda.

—Cualquier otro hombre que estuviera a mi lado en estos momentos estoy segura que tendría otra clase de obsesiones.

—No me tientes. ¿Olvidas que estoy trabajando?

Ella suspiró.

—Estás volviéndote insoportable, querido —dijo suavemente.

Levantándose, dio un grácil salto y desapareció bajo las aguas de la gran piscina.

Marcel cambió de postura. Entonces descubrió a la esposa de su cliente, que había aparecido en la sombreada terraza del edificio.

La mujer avanzó. Tendría sus buenos cuarenta años, pero se conservaba esbelta y atractiva, gracias a los continuos tratamientos y masajes a que se sometía.

Marcel había pensado, desde que la conociera, que si hubiera dedicado el mismo interés y sacrificio a refinarse intelectualmente, que empleaba en conservarse esbelta, seguramente hubiera sido una mujer con mucho más atractivo y sobre todo más soportable de lo que realmente era.

—¿Cómo le trata Christine, señor Durand? —cacareó cuando estuvo a su lado.

Vestía un «mini-short» negro y una blusita anudada.

—No puedo quejarme, señora —dijo Marcel, levantándose.

Ella se derrumbó materialmente en una tumbona acolchada, viendo nadar a la muchacha en el centro de la piscina.

—¿Sabe usted? —runroneó—. Daría cualquier cosa por saber nadar como ella.

—¿Por qué no aprende? Es fácil...

—No para mí. Lo he intentado... Es inútil. ¿Quiere prepararme un poco de whisky con hielo por favor?

Marcel se apresuró a obedecer. Le cargaba aquella ridícula mujer y su insulsa charla. Y desde que había llegado a la casa, tropezaba con ella en los lugares más insospechados.

Aprovechó para llenar también su propio vaso, y entregó el suyo a la señora Ribeyre. Los dedos de uñas afiladas rozaron los suyos con insistencia, antes de tomar el vaso.

Bebió un sorbo, rogando en silencio para que Christine regresara cuanto antes. Pero la muchacha se complacía zambulléndose, nadando y jugando en el agua, más semejante que nunca a una hermosa sirena.

—Señor Durand...

Se volvió, esforzándose por mostrarse cortés.

Ella añadió:

—¿Usted cree que mi marido pagará todo ese dinero?

—¿Cómo voy a saberlo? Ni siquiera es seguro que el chantajista se atreva a llevar más adelante este momento.

—¡Claro que lo llevará hasta el final! ¿Por qué empezarlo si no?

—¿Adónde quiere usted llegar exactamente? —le soltó Marcel.

—Es usted muy brusco, señor Durand...

—Eso no responde a mi pregunta.

—Está bien; quería hablar con usted desde que vino a residir aquí, pero nunca encuentro la ocasión propicia. Si algo le sucediera a mi esposo, me hallaría en un terrible aprieto.

—¿Por qué?

—Lo ignoro todo respecto a sus negocios, a nuestra situación financiera... No sé nada de nada. ¿Cómo podría desenvolverme?

—Comprendo.

—Necesitaría un consejo... el consejo de alguien leal. Alguien como usted por ejemplo..., Marcel.

—Ahí es donde se equivoca. No entiendo una maldita palabra de negocios, y menos como los que maneja su esposo. Construcción, hoteles y cosas así.

—Usted es inteligente. No tendría muchas dificultades en ponerse al corriente de todo.

Él apuró su vaso. Su mente trabajaba con la velocidad de una máquina calculadora.

—Se me ocurre que anticipa usted mucho los acontecimientos, señora Ribeyre. Su esposo aún está vivo, y, si de mi depende, seguirá viviendo mucho después del último día de julio.

—Pero hay que prever todas las posibilidades, ¿no cree? Él nunca me ha hablado de sus negocios, ni de dinero... En realidad, nunca habla de nada que no sea de lo importante que es.

Eso no tenía respuesta y él calló.

La mujer saboreó el whisky durante unos instantes. Después murmuró:

—Volveremos a hablar de este asunto más adelante, Marcel. ¿Le parece?

—Conforme.

Christine estaba saliendo de la piscina. Estuvo unos instantes erguida junto al borde, dejando deslizarse el agua a lo largo de su soberbio cuerpo. Luego, fue a refugiarse bajo la sombra del parasol.

—El agua está deliciosa —comentó.

Delphina Ribeyre murmuró un comentario insulso y, levantándose, se alejó, desapareciendo dentro de la casa.

Christine dijo:

—¿Estaba insinuándose, querido?

—Algo así. ¿Cómo lo adivinaste?

—Está ansiosa.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Es una mujer frustrada. Le gustaría ser importante, admirada, especialmente por los hombres. Pero su marido la anula. Hay veces en que pienso que él la considera apenas como un mueble más de la residencia.

—¿Por qué no se divorcian, si las cosas están tan mal?

—No me lo preguntes a mí, aunque te diré que él no es el tipo que afronta el escándalo de un divorcio, por mucho que quisiera verse libre de su mujer.

—Mal asunto, ¿eh, linda?

—En todo caso, no debe preocuparnos a nosotros. Esta noche estoy libre, ¿lo olvidaste?

—Veremos qué pasa cuando regrese tu jefe, de sus oficinas de Niza. Si tiene una de sus noches malas, es capaz de pedirme que me quede en vela junto a la puerta de su dormitorio.

—¿Para qué? Si el tipo del teléfono es consecuente, no hará nada hasta el último día del mes.

—Nunca se sabe... Voy a inclinar este condenado parasol.

Lo hizo, dejándolo de modo que les ocultara de cualquier mirada indiscreta procedente de la casa.

—Ahora puedo besarte —dijo, dejándose caer junto a ella.

—Estás comprometiéndome, señor Durand...

—Eso es lo que quiero, para que te obliguen a casarte conmigo.

La encerró entre sus brazos y buscó sus labios. Todos los problemas quedaron olvidados instantáneamente...

* * *

Bruno Ribeyre llegó al anochecer. Ceñudo, apenas saludó a nadie y fue a encerrarse en su estudio.

La cena transcurrió en un ambiente tenso, casi en medio de un silencio religioso.

La camarera sirvió los cafés y los licores en una terraza desde la que se apreciaba una panorámica nocturna de increíble belleza, con el mar al fondo, las luces de las villas y las sombras de los pinos que un aire suave mecía perezosamente.

Justo en aquel momento sonó el teléfono.

Ribeyre se levantó como impulsado por un resorte, mientras su mujer se retorció las manos, sin atinar a moverse.

Christine cambió una mirada con Marcel.

Fue éste quien dijo:

—Calma. Si se trata de nuestro hombre, necesitamos su voz. Trate de hacerle hablar todo lo posible.

Ribeyre asintió. Había dado instrucciones para que ningún sirviente tocara el teléfono mientras él estuviera en casa, de modo que el aparato siguió escandalizando todo el tiempo que él y Marcel tardaron en llegar a los dos aparatos conectados con el mecanismo que debía registrar fielmente sus voces.

Los dos pusieron la mano sobre los respectivos auriculares. A

una seña de Marcel, ambos lo levantaron.

El millonario dijo:

—Aquí Ribeyre. ¿Quién habla?

—Apuesto que le gustaría saberlo —dijo una voz tranquila, con perfecta calma—. He pensado que le gustaría saber que gozo de buena salud. Así que no reventaré antes de fin de mes.

—Escuche, no puede pensar en serio que pueda reunir un millón en metálico con tan poco tiempo...

—Yo no pienso, señor Ribeyre. Eso es trabajo suyo. Y recuerde que han de ser billetes usados. Nada de papel nuevo. Muévase y reúnalos. Ya le diré cómo tiene que hacer la entrega.

—Es imposible... deme más tiempo. Le pagaré, pero necesito tiempo.

Sonó una leve risita.

—Hasta fin de mes, ni un día más. Si fracasa, el día primero de agosto estará muerto. Ya vio que puedo llegar perfectamente hasta usted, en su propia casa.

—Imaginé que fue usted, cuando encontré la carta. Pero insisto en que necesito por lo menos dos semanas más.

—Ni un día. Ha tenido tiempo suficiente para llamar a la policía y contratar a un detective de París. No crea que eso me preocupa, ya ve si estoy seguro. Hasta el último de mes. Felices sueños, señor Ribeyre...

—¡Escuche...!

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Marcel dejó el auricular por el que había escuchado, y desconectó la grabadora. El millonario jadeó:

—¡Lo sabe... sabe que he contratado a un detective...!

—Y que ha dado cuenta a la policía. Muy bien, eso nos demuestra que el tipo no es ningún tonto, nada más.

—Pero, ¿cómo pudo saberlo?

—Eso me gustaría mucho enterarme, pero no es nada que me preocupe demasiado, de momento. Voy a llevar esta cinta al comisario Lepreux para que sus expertos empiecen a trabajar sobre ella.

Introdujo la bobina en un estuche de cartón, y se encaminó a la puerta. Chris le cerró el paso.

—Marcel...

—¿Sí, linda?

—¿Qué fue lo que dijo ese hombre?

—Le gusta hablar, no te inquietes.

Vio a la señora Ribeyre junto a la arcada de la terraza, mirándole muy pálida.

El millonario trataba de encender un cigarro, con dedos que temblaban levemente.

—Mejor será que se ocupe de su esposa, señor —le aconsejó, con calma—. Temo que está muy nerviosa.

El hombrón rezongó:

—Siempre está nerviosa, por una cosa y otra...

Dio media vuelta y salió de la estancia. Su mujer retrocedió también hacia la terraza.

—Ve con ella —dijo Marcel a Christie—. Te veré cuando regrese.

—Te esperaré.

—Buena chica.

La besó ligeramente en los labios, y abandonó la estancia.

Encontró el «Facel Vega» al pie de la terraza. Jaques apareció junto a él y murmuró:

—Abriré la verja, señor. Cuando vuelva haga sonar el «claxon» para que accione el mecanismo desde aquí.

—Lo haré. Si eso se prolongase demasiado, empezaría a pensar en instalar uno de esos chismes en el coche...

Partió por el sendero de grava hasta la verja, que se abrió ante él como un silencioso fantasma negro.

Al cruzarla, Marcel se preguntó dónde demonios estarían ocultos los dos gendarmes apostados por el comisario de modo permanente. No había podido verlos ni una sola noche desde que empezó aquel asunto...

Condujo un par de minutos a velocidad moderada. Luego, frenó y, saltando del coche, abrió el portaequipajes.

Junto a la rueda de repuesto había una caja con herramientas. Levantó la tapa y extrajo un estuche de cartón semejante al que contenía la cinta grabada.

Lo deslizó en su bolsillo y en la caja depositó el que contenía la voz del chantajista. Con un suspiro, cerró el portaequipajes, volvió junto al volante y reemprendió la marcha por el camino que

terminaba en la Corniche.

Justo en el último recodo vio el coche atravesado, cerrándole el paso. Frenó violentamente, con las luces inundando el vehículo aparentemente abandonado.

Hizo parpadear las luces, pero nada sucedió. Al fin, abrió la portezuela y saltó al camino, acercándose al coche vacío.

Era un «Opel» gris, y al rodearlo distinguió la matrícula.

Era alemana.

Estaba examinándola, cuando tras él, a corta distancia, una voz seca ordenó:

—¡No se mueva, si quiere vivir!

Se enderezó, rígido. Ante su ademán de volverse, la voz gritó:

—¡No se vuelva! Estoy apuntándole con una pistola.

—Todo el mundo tiene pistolas —gruñó—. ¿Qué es lo que quiere? Si se trata de dinero, ha perdido usted el tiempo.

—No quiero dinero. Usted lleva algo en el bolsillo, estoy seguro. Déjelo caer al suelo.

—¿A qué se refiere?

—¡No me diga que no han grabado la voz! ¿Creen que soy tan cretino? ¡Deje caer la cinta al suelo!

—Casi siento tentaciones de felicitarle, compañero...

—¡La cinta, maldito sea, o disparo!

—Tranquilo, aquí la tiene.

Sacó el estuche y lo dejó caer al suelo. El desconocido ordenó:

—Regrese a su coche y apague las luces. Espere dos minutos y después podrá volver tranquilamente a la casa de ese cerdo.

—Muy bien, tiene usted todo los triunfos en la mano.

—De eso puede estar seguro, pero si quiere comprobarlo sólo vuélvase y sabrá qué gusto tiene el plomo.

—Debes haber aprendido en una buena escuela.

Echó a andar hacia su propio coche. Se deslizó tras el volante y apagó las luces.

Una completa oscuridad cayó sobre el paraje. Dos minutos después las encendió de nuevo. El coche continuaba obstruyendo el paso, y Marcel suspiró resignadamente.

Volvió a bajar del «Facel Vega» y anduvo hacia el «Opel».

El estuche con la cinta había desaparecido. Abrió la portezuela del auto y gruñó:

—Menos mal que dejó las llaves...

Lo apartó del camino, imaginándose el salto que pegaría el individuo cuando hiciera pasar la cinta por un magnetofón y viera que todo lo que contenía era una parte de la Novena Sinfonía de Beethoven...

A menos que la quemara sin comprobación alguna, en cuyo caso la cosa sería menos espectacular, pero igualmente conveniente.

Instantes después, el «Facel Vega» rugía por la Corniche rumbo a Antibes.

Marcel llegó a tiempo de estropearle la noche libre al comisario Lepreux, cosa que éste no le agradeció en absoluto.

5

LEPREUX refunfuñó:

—Le felicito por su previsión. Si le hubiese quitado la cinta verdadera, estaríamos como al principio.

—Soy un tipo muy precavido, comisario.

—Hay algo muy raro en todo esto. Y usted me desconcierta, Durand.

—No me diga.

—¿Qué le pareció el tipo? Usted le oyó hablar.

—Y volví a oírle luego, cuando me detuvo en la carretera. Es un fulano tranquilo, que no parece estar nervioso en absoluto. Además, calificó de cerdo a mi cliente.

—Eso es señal de aborrecimiento.

—Nadie parece apreciarlo... ni siquiera su propia esposa.

—Esa gente podrida de millones carece de sentimientos... A propósito, hemos descubierto una pequeña... este... *liasson* del señor Ribeyre.

—Ajá. Era de esperar. ¿Quién es la dama?

—Mucho me temo que no se trata de ninguna dama. Se hace llamar Draga... Actuó algún tiempo en distinguidos clubs nocturnos, hasta que decidió actuar única y exclusivamente para el señor Ribeyre.

—Ya veo. Me gustaría hablar con esa... ¿señorita?

Lepreux esbozó una sonrisa.

—Le daré sus señas. Nosotros no la hemos interrogado, usted sabe. Preferimos no importunar demasiado a nuestro influyente ciudadano. En el caso de usted, la cosa cambia.

—Si reparte algún puntapié, seré yo quien lo reciba. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

—Bueno, usted lo plantea más bien de modo desagradable... Pero algo hay de eso. Y volviendo a ese coche, ¿dice usted que es de matrícula alemana?

—Exacto. El tipo debió robarlo en cualquier parte. Sus hombres lo encontrarán donde le dije.

—Otra complicación.

—¿Cuándo efectuarán el análisis de esa voz?

—Es un trabajo que lleva cierto tiempo. Le avisaré cuando tengamos los resultados.

—Perfecto.

—Quiero decirle que apreciamos como es debido su colaboración, Durand. También he de confesarle que hasta ahora nunca me habían simpatizado los detectives privados, ¿sabe?

—Eso es debido a la televisión, supongo.

Marcel se levantó. Antes de despedirse, dijo como con descuido:

—Estuve pensando en todo lo que usted me contó referente a la manera como Bruno Ribeyre hizo su fortuna. Tal vez fuera interesante obtener muestras de las voces de los contratistas a quienes arruinó.

Lepreux se quitó la pipa de la boca, examinándola con interés.

—¿Sabe usted, Durand? Tengo a varios hombres dedicados a esa tarea...

—Debí suponerlo. Buenas noches, comisario.

—Buenas noches...

Salió. Lepreux le alcanzó cuando llegaba a la puerta de la calle.

—Olvidó usted las señas de la amiguita de Bruno Ribeyre, amigo Durand.

—Es cierto, gracias.

Tomó el papel que el policía le tendía y añadió:

—Muestra un interés muy especial en que yo interroge a esa dama.

—Ya le dije que...

—Que no era ninguna dama, lo recuerdo. Que descanse, comisario.

—A veces dudo que los policías tengamos derecho al descanso.

Como no obtuvo respuesta, el comisario giró sobre sus talones y

regresó a su despacho, apretando la pipa entre los dientes.

* * *

Christine levantó la mirada de los papeles que estaba clasificando, en la mesa del estudio de Bruno Ribeyre.

—Te advierto que estoy trabajando, cariño —runroneó mientras Marcel se apoyaba en la mesa.

—Yo también. Me gustaría dar un vistazo al archivo donde tu jefe guarda su correspondencia privada.

—¿Qué te hace pensar que yo te permitiré hacerlo?

—Nada, sólo quizá tu debilidad por mí.

—Podría quedarme sin empleo, si él lo supiera. ¿Has pensado en eso también?

—Seguro. Si fuera así, quizá entonces quisieras casarte conmigo.

—No insistas. Aún no me he convencido de que seas el hombre que me conviene.

—No encontrarás otro mejor, palabra. Sólo te pegaré cuando beba más de la cuenta, te entregaré todo el dinero que me sobre después de apostar a las carreras de caballos y...

—No sigas. Me has convencido —el bello rostro de la muchacha cambió de expresión cuando preguntó—: Pero quisiera saber qué esperas encontrar en la correspondencia privada del señor Ribeyre...

—Ni yo mismo lo sé. Se me ocurrió que tal vez en otro tiempo alguien le amenazó por escrito, y él no hizo mucho caso. Si fuera así, tendría algo con que empezar.

—¿Se lo dijiste a él?

—No.

—Ya veo. Oye, ¿no estás portándote de un modo muy raro en todo esto, querido?

—Eso se debe a que ando a la deriva.

Chris, levantándose, corrió una puerta deslizante que cerraba un lado de la estancia. Aparecieron varios muebles-archivo de metal cuidadosamente clasificados y cerrados.

—Este es... El mismo archiva su correspondencia privada.

—¿Tienes la llave?

—La guarda en la mesa, espera.

Fue en su busca, y se la entregó.

Durante la siguiente hora, Marcel pareció olvidarse de la

proximidad de la muchacha, abstraído en el examen de los incontables papeles que aparecían cuidadosamente clasificados.

De vez en cuando tomaba breves notas, pero desde su asiento en la mesa, Chris no pudo ver en él ninguna actitud que delatara un posible éxito en su búsqueda.

Al fin, Marcel cerró el archivador y devolvió la llave.

—Bueno, ¿no tienes nada qué decirme?

Él se encogió de hombros.

—He anotado algunas direcciones, pero no he visto nada comprometedor.

—¿Y ahora...?

—Tú puedes seguir con tu trabajo, linda. Nos veremos a la noche.

—Estás muy misterioso esta mañana, querido.

Inclinándose a través de la mesa, la besó en los labios, con lo que, además del placer, consiguió interrumpir las suspicacias de la muchacha.

—Hasta luego —murmuró después.

Cuando ella reaccionó, él ya había desaparecido.

* * *

Marcel condujo el coche a lo largo del paseo de los Ingleses, en Niza. Había una multitud abigarrada y cosmopolita bajo la sombra de las palmeras, en las terrazas de los cafés elegantes o los lujosos hoteles.

Buscó un lugar donde estacionar, y después prosiguió a pie su recorrido. Necesitó preguntar aquí y allá para orientarse por las callejas de la parte vieja de la ciudad hasta que localizó la casa que buscaba.

Llamó mediante una campanilla. Tardaron mucho tiempo en abrir la puerta, pero al fin apareció el rostro sin afeitar de un individuo pálido y demacrado, con oscuros círculos en torno a los ojos hundidos.

—Si vende algo, equivocó el camino —tartajeó el individuo.

—¿Es usted Maurice Hénon?

—Sí, claro que soy yo...

—¿Puedo pasar? Necesito hablar con usted.

El hombre titubeó. Llevaba un pantalón claro, arrugado, y una camiseta que en tiempos fue blanca.

—Está bien, pero antes dígame quién es usted.

—Mi nombre es Marcel Durand.

Nuevo titubeo. Hénon luchaba evidentemente con su memoria, tratando de localizar aquel nombre.

—Entre.

La casa era vieja, pero hubiera podido resultar muy agradable, si alguien se hubiese ocupado de mantenerla ordenada y limpia.

Tal como estaba, daban ganas de salir de estampida.

—No puedo ofrecerle nada de beber —se excusó Hénon—. Las cosas no me han ido muy bien, estos últimos tiempos.

—Lo sé.

—Siéntese... ahí, esa silla seguro que no se desmonta.

Marcel le observó, tratando de adivinar por dónde podría atacarle. Al fin dijo:

—Usted trabaja en una sucursal bancaria, ¿no es cierto, Hénon?

—Seguro. Llegué a ser el director de la sucursal... aunque no lo crea usted ahora.

—Lo sé perfectamente.

—Cinco meses —murmuró el hombre—. Estuve cinco meses en el cargo.

—¿No tiene usted familia?

—Mujer y dos hijos. Están en Nantes, con la familia de ella. Allí, por lo menos, pueden comer tres veces al día.

Su voz destilaba amargura. Era una voz bien timbrada, aunque levemente vacilante como la de todo hombre que bebe demasiado.

—Se hundió usted, ¿eh? —comentó Marcel.

—Cualquiera se hundiría, en mis circunstancias. Pero, ¿qué diantres le importa eso a usted?

—Quiero saber qué pasó. Entre usted y Bruno Ribeyre, quiero decir.

Hénon casi botó fuera de su silla, al oír el nombre de Ribeyre.

—¡No mencione a ese puerco, en mi presencia! —estalló.

—Es preciso. Cuénteme qué fue lo que sucedió.

—¿Para qué?

—Se lo diré después.

—¿Le ha preguntado a él?

—No. He querido hablar con usted.

—No tiene objeto hablar de eso. Ya se habló bastante entonces,

y, de todos modos, todo el asunto está en los tribunales. El Banco le demandó por estafa.

—Eso es nuevo para mí.

—Él... ese cerdo, solicitó un crédito en mi Banco... Necesitaba efectivo para depositar una fianza, imprescindible si quería optar al contrato de un gran hotel. Su empresa concurría al concurso de ofertas, ¿comprende?

—No mucho.

El ex director de una sucursal bancaria suspiró.

—Obtuvo la contrata entre tres o cuatro concursantes más. Pero debía depositar cinco millones como garantía de solvencia. La contrata rebasaba los cien millones. Bueno, solicitó el crédito. Se lo concedí, después de hacer unas consultas a la central. Él... ese maldito granuja, tenía garantías, pero carecía de efectivo en aquellos momentos, de modo que no vi riesgo alguno.

—¿Y construyó el hotel?

—En parte. La empresa hotelera quebró antes de terminar las obras. Ribeyre, ese... Bueno, fue muy listo. Consiguió que le devolvieran su depósito de garantía, antes que todo se hundiera...

—O sea que recobró los cinco millones que ustedes le habían prestado.

—Sí... sólo que nunca los devolvió.

—¿Quiere decir que no reintegró el préstamo al Banco?

—Ni un céntimo. Ese fue el motivo de que me despidieran. Luego, le demandaron, y el asunto está ahora en manos del juzgado.

—Entiendo. Comprendo también que usted no sienta ninguna simpatía por Ribeyre...

—¿Simpatía? Le odio con tanta intensidad que hay veces en que me asusto. Un hombre no puede vivir con semejante odio en sus entrañas...

—Usted le escribió una carta un tanto desagradable, a raíz de este asunto, aunque en ella no entraba en detalles. Ha sido por esa carta que le he localizado.

—¿Por qué? Él causó mi ruina... me expulsaron del Banco, después de tantos años de luchar, de humillarme, de trabajar como una bestia para que se fijaran en mí. Todo se hundió a causa de Ribeyre. Quisiera verle muerto, eso es todo.

—Tal vez ha hecho usted algo para conseguirlo.

—¿Conseguir qué?

—Verlo muerto.

El hombre esbozó una mueca.

—Nunca tuve valor suficiente. ¿Cree que resulta agradable que...? Pero usted no lo comprendería. Yo no sé hacer otro trabajo, y ningún Banco ha querido admitirme ni de botones. ¡Oh, al diablo con eso! ¿Por qué ha venido preguntando todo esto?

Marcel se levantó.

—Porque alguien ha amenazado a Ribeyre. Usted le odia profundamente... pensé que quizá hubiera sido usted.

—¿Quiere decir que le han amenazado con matarle?

—Algo así.

—¡Alguien ha tenido más valor que yo! Gracias por decírmelo. Le aseguro que ahora dormiré mucho más tranquilo.

—Quizá no.

—¿Por qué no? Si hay algo que puede resarcirme en parte de cuanto he soportado, es la muerte de semejante estafador.

—Si usted ha hecho algo para obtener su venganza, no creo que vuelva a dormir tranquilo en mucho tiempo, Hénon.

Este se echó a reír. Una risa hueca, que producía escalofríos.

—Mire, si algún día me entero de quién es el que amenaza al gran sapo, le juro que le ayudaré. Y si consigue matarlo... Bien, le ayudaré a escapar también, o a ocultarse..., qué sé yo. Cuando eso suceda, pillaré la mayor borrachera de la historia.

—Presumo que está entrenándose a fondo para ese día...

—Bueno, bebo un poco. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Marcel se encaminó a la puerta, seguido de Hénon. Estaba intrigado, tanto por el odio desbordante de aquel hombre, como por su sinceridad al reconocerlo. Si fuera el chantajista, trataría de disimularlo.

O quizá no. ¿Qué mejor pantalla que un odio mortal, puesto de manifiesto sin tapujos de ninguna clase?

Por otra parte, aquella voz rebosando amargura no se parecía mucho a la oída por teléfono, tranquila, irónica y segura.

Claro que eso no podría saberse con exactitud hasta que ambas voces fueran analizadas detenidamente por el ingenioso aparato llamado Vocoder...

Al alejarse de la casa, Marcel consultó otra de las direcciones de

Niza que llevaba anotadas. Empezaba a tener una imagen nueva de su fabuloso cliente...

6

FERDINAND CARBUCCI había encontrado su apartamento. Un cuchitril pequeño, que en cualquier otra parte no hubiera valido un céntimo, pero que en Antibes costaba un ojo de la cara.

Pero disponía de cinco mil francos, aparte de sus pocos ahorros. Podía permitírselo.

Sólo que empezaba a impacientarse.

Él no estaba acostumbrado a tanta inactividad. Bien encaminadas sus energías, hubiera podido resultar un buen trabajador.

En su especialidad, también lo era, por supuesto.

Había recorrido todos los alrededores en sus incesantes paseos, maravillándose de la riqueza acumulada en las villas de los privilegiados de la fortuna. Lo malo resultaba ser el hecho de que esos privilegiados estaban en ellas.

Las horas que pasaba en las playas de Antibes, o de La Garoupe, se le antojaban interminables, igual que si fueran de ciento veinte minutos cada una.

Había llegado incluso a Cap D'Antibes, sin encontrarle las bellezas que pregonaba todo el mundo.

Si exceptuamos a las mujeres, por supuesto.

Carbucci se desesperaba viendo las oportunidades desperdiciadas, a causa del insignificante detalle de que los propietarios de las villas no emprendieran algún largo viaje.

El botín de su primer golpe era un continuo acicate para incrementar sus posesiones. De modo que cada tarde, cuando el sol perdía su ardiente intensidad, emprendía un nuevo recorrido de

inspección, alejándose cada vez más de Antibes.

En uno de esos largos paseos llegó hasta las inmediaciones de una verja impresionante, la verja que cercaba la propiedad de Bruno Ribeyre.

Silbó entre dientes al ver las agudas puntas de lanza que la remataban. Entre la arboleda, en la lejanía, pudo ver parte de la inmensa construcción, pero también vio a un jardinero trabajando en el parque, y a un chófer de uniforme que cruzaba más allá, y eso bastó para indicarle que aquél era terreno vedado para sus hazañas.

Siguió por el camino que se alejaba más allá de la verja, pensativo, imaginando las riquezas que se albergarían en aquel palacio. Por si alguna vez lo hubiera dudado, se afianzó en su convicción de que la vida no era justa, ni mucho menos.

Quince minutos más tarde descubrió otro jardín, no tan bien cuidado como el anterior. Estaba rodeado también por una verja, pero ésta mucho más inofensiva que la que viera antes. Fácil de violar.

Paseó descuidadamente, sin alejarse mucho. Incluso se tomó un descanso bajo la sombra de unos pinos, sin dejar de observar la villa que había al otro lado de la verja.

Era grande, naturalmente. Pero ciertos detalles delataban un cierto descuido en su conservación.

Casi todas las ventanas estaban cerradas. Una mujer de edad avanzada apareció poco más tarde entre las flores, cortando algunas para formar un pequeño ramo

Por más que Carbucci esperó, no pudo ver a nadie más.

Tal vez la vieja viviera sola en la casa. Eso explicaría el que la mayoría de las ventanas estuvieran cerradas a cal y canto. Ella no necesitaría más que una habitación y la cocina para vivir, y ahorrarse trabajo al mismo tiempo.

Quizá fuera una dama venida a menos. Esas gentes suelen vivir de sus rentas, pero conservan las joyas de toda la familia. Nunca se desprenden de ellas, reflexionó Carbucci.

Allí había «algo», sin duda.

Era preciso pensar en ello, reflexionar detalladamente.

Se levantó al anochecer. En la villa se encendió una sola luz, en una ventana de la planta baja.

El regreso a Antibes se le antojó corto, debido a que ni siquiera

se fijó en el camino, absorto en sus pensamientos, en sus planes que era preciso elaborar con todo cuidado.

Si no encontraba otro objetivo más conveniente en los días próximos, aquella casa y la vieja recibirían sus atenciones profesionales, dentro de poco...

* * *

Marcel pensó que Lepreux no había hecho justicia a la mujer cuando la calificó de «pequeña aventura».

Nada en ella era pequeño, excepto su nombre:

Draga.

Alta, con un cuerpo estatuario, soberbio, de cintura delgada y caderas amplias, la mujer se le antojó una walquiria a la que hubiesen teñido de negro sus rubias melenas.

—Cuando haya visto todo lo que hay que ver, supongo que me dirá qué desea —le espetó Draga, ante su largo silencio.

—Le aseguro que aún no he visto todo lo que deseo...

—Un frescales, ¿eh?

—Nones. Quiero hablar de negocios con usted.

—Todos mis negocios van viento en popa. No necesito otros.

Hizo ademán de cerrarle la puerta en las narices. Marcel estaba admirando su sugestiva silueta, y apenas tuvo tiempo de introducir el pie, impidiéndolo.

—No se precipite —dijo—, es importante.

—No para mí.

—Tal vez lo sea para Bruno Ribeyre.

Ella dejó de forcejear con la puerta, y arrugó el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso, si es que quiere decir algo?

—Déjeme pasar y hablaremos.

—¿De qué?

—De Ribeyre, para empezar.

Tenía unos labios suaves y rojos llenos de experiencia. Aquella mujer debía ser un volcán, si se lo proponía. Este pensamiento inquietó un poco al investigador.

Al fin se apartó, cediéndole el paso.

Cerró la puerta cuando hubo entrado, y dijo, de mal talante:

—Adelante, suéltelo. Pero empiece por decirme quién le envía.

¿Ella, quizá?

—¿Ella?

—Madame Ribeyre.

No trató de disimular el sarcasmo de su voz.

El hizo un gesto de disgusto.

—No. Nadie me envía. La iniciativa es mía.

—Qué cosas. ¿Por qué?

—¿Le ha dicho el señor Ribeyre que está en un aprieto?

Draga enarcó las cejas.

—Habla en acertijos. ¿Qué clase de aprieto?

—Mire, nena. No voy a andarme con rodeos. Usted tiene cierto asunto con Bruno Ribeyre. Bueno, no es nada para asombrarse, sobre todo después de verla a usted. Pero él tiene una espada pendiendo sobre su cabeza, y yo trato de que no se corte el hilo que la sostiene.

—Sigo sin entender su maldito idioma. Una espada, un hilo... ¿No puede hablar como las personas normales, aunque sólo sea una vez?

—¿No le ha hablado él de las llamadas telefónicas?

—Ni una palabra.

—Entiendo... ¿Quién es su amiguito, Draga?

Ella dio un respingo.

—¡Oiga...!

—No empiece —la atajó, con disimulado fastidio—. Tengo experiencia, ¿sabe? Una experiencia adquirida en una escuela muy ruda. Usted es una mujer llena de vida, de fuego, diría yo. Ribeyre satisfará sus apetencias monetarias sin duda, pero una mujer como usted necesita algo más en sus momentos de... debilidad. ¿Quién es el afortunado?

—¡Váyase al infierno, preguntón! No debí dejarle entrar.

Él suspiró.

—Lo hace cada vez más difícil. Voy a averiguarlo, de todos modos. Es mi trabajo averiguar estas cosas, ¿sabe, primor? No me costará mucho. Y entonces haré que Bruno Ribeyre abra los ojos y cierre la bolsa, así que usted verá qué le conviene.

—¡Maldito sea! ¿Puede decirme qué es lo que piensa sacar de todo esto?

—Nada. Estoy trabajando, lo crea usted o no.

—No lo creo, naturalmente.

—Voy a decirle algo, nena. Un hombre ha amenazado a Bruno

Ribeyre por teléfono. Le exige una gran suma de dinero... Un chantaje, para ser sincero. El chantajista debe ser alguien que conoce bien las «Flaquezas» del señor Ribeyre. ¿Entiende ahora?

—Y usted piensa que yo...

—Usted no. Pero puede ser su amiguito. Si estoy equivocado, ni él ni usted tienen nada que temer. No me pagan para que abra los ojos del gran hombre, sino para librarle de la amenaza.

Ella titubeó. Era evidente que las cosas estaban sucediendo demasiado deprisa para su comprensión.

—Suponiendo —dijo—, que exista otro hombre...

—Supongámoslo.

—Bueno, quiero decir que si ha hecho eso, yo no sabía una palabra.

—Eso lo creo.

—Tanto en un caso como en otro, ¿me dejará a mí al margen de todo este lío?

—Palabra de honor... siempre que no esté involucrada en él.

—¿Ni le dirá una palabra a Bruno de... bueno, de ese supuesto «segundo hombre»?

—¿Para qué? Él es dueño de invertir su dinero en lo que quiera. Draga estuvo observándole largamente. Al fin, sonrió.

—Usted podría llegar a simpatizarme, amigo. ¿Cómo se llama?

—Marcel.

—¿Polizonte?

—Yo hago las preguntas, ¿sí?

—Está bien, voy a fiarme de su palabra. Se llama Gerard... Gerard Traymer. Tiene una pequeña villa al final del paseo Blanco...

—¿Número?

—No creo que tenga ninguno... Es la última a la izquierda. Tiene las ventanas pintadas de verde.

—Gracias, linda.

—¡Un momento!

—¿Sí?

—¿Qué pasa si él no ha intervenido en este asunto de las amenazas?

—Nada. Olvido que les he conocido, y asunto terminado.

—Espero que cumpla su palabra, Marcel...

—Yo siempre cumplo, de un modo o de otro.

Abrió la puerta y se fue.

Draga la cerró, muy pensativa. Tras unos momentos de incertidumbre, se dirigió al teléfono y marcó un número.

—¿Gerard? —preguntó cuando obtuvo comunicación.

7

ERA un buen ejemplar.

Alto, proporcionado, su piel tenía ese tono oscuro que sólo se obtiene mediante largas y cuidadosas exposiciones al sol, ayudado por alguna que otra crema colorante.

Llevaba los cabellos largos, bien peinados. Sus hombros tenían las proporciones debidas para entonar con su elevada estatura.

Su rostro, a pesar de lo correcto de las facciones, acusaba quizá el hecho de una vida muelle, sin ejercicio.

Pero a pesar de todo, parecía endiabladamente duro cuando recibió a Marcel, vestido solo con un breve pantalón de baño.

—¿Usted es Gerard Traymer? —preguntó el investigador.

—Seguro. Entre.

—Muy amable.

—No lo diga aún.

Marcel entró. El ejemplar cerró la puerta, se volvió sonriendo, y su puño como un jamón zumbó, estrellándose contra el mentón del visitante.

Marcel notó que sus pies perdían contacto con el suelo. Luego, echó a volar y aterrizó aparatosamente al otro lado de la estancia.

Quedó sentado en el suelo, acariciándose el lugar machacado, mientras una ira sorda enturbiaba sus ojos.

—¿Qué ha querido demostrar con eso, gran tipo? —masculló.

—Levántese.

—Debí comprender que esa zorra se apresuraría a llamarle por teléfono.

—¡Levántese o le pateo la cara!

—Más despacio, amigo.

Se incorporó pegado a la pared. El Hércules enseñó los dientes en una sonrisa.

—Por lo poco que sé, es usted un preguntón. Yo le daré todas las explicaciones que busca... de manera gráfica.

—No tiene ni sombra de sesos. Esto pudo haberse arreglado en paz, tan pronto oí su voz. Pero ha tenido que estropearlo con sus pretensiones de matón.

—¿Qué pasa con mi voz?

—Es demasiado aguda.

—Está chiflado, preguntón.

Avanzó, los puños en ristre y una mirada de intensó gozo en sus ojos claros. No se necesitaba ser ningún lince para comprender que el hombre estaba divirtiéndose en grande.

—Cuando termine con usted —dijo—, se olvidará de Draga, de mí y de su fea costumbre de hacer preguntas.

—Ni con amnesia.

—Veremos.

De nuevo, inesperadamente, su puño derecho subió como un rayo en busca de la cara de Marcel.

Sólo que éste ya sabía a qué atenerse. Así que se movió veloz, esquivando el golpe. El puño casi le rozó la cara antes de estrellarse con un impacto terrible contra la pared.

La casa quizá no fuera muy sólida, a juzgar por su aspecto, pero sí era lo suficiente dura para soportar el terrible mazazo.

La pared resistió bien semejante trallazo.

El puño de Gerard, no.

Sonó un golpe atroz y un grito, todo a un tiempo. Marcel dijo:

—Demasiado impulsivo.

Volteó el brazo y le hundió el puño en el hígado hasta la muñeca.

El gigante se dobló boqueando, con la sangre chorreando de sus nudillos destrozados.

Marcel le enderezó con un rodillazo que incidió justo en plena nariz griega del apuesto gigoló.

Cuando Gerard dejó de dar vueltas sobre sí mismo, la nariz ya no era griega. En realidad, tenía cierto parecido con un tomate maduro.

Marcel comentó:

—Ya te dije que lo habías estropeado todo. Tienes una voz aguda y resquebrajada, lo que equivale a quedar fuera del cuadro. Pero si prefieres continuar peleando...

—¡Te haré pedazos! —barbotó.

Embistió como un toro furioso. Su puño izquierdo volteó con terrible ímpetu. Si llega a alcanzar la cabeza de Marcel, bien pudo arrancársela de cuajo.

Falló porque el investigador no esperó a recibir aquella coz.

Bailoteó en torno al Hércules y cuando vio su oportunidad la aprovechó. Disparó un centelleante «uno-dos» a los costados de su enfurecido enemigo, deteniéndolo en seco.

Tras esto, su derecha subió de abajo arriba como un cohete, estalló en el mentón de Gerard y sonó como una caña que se rompe.

El gigante cayó de espaldas, sangrando de manera terrible por la nariz.

Tardó más de dos minutos en poder sentarse en el suelo. Marcel se acariciaba los nudillos, observándole.

—Le di mi palabra a Draga de que, después de verte, no revelaría a Bruno Ribeyre que entre tú y ella le estaban tomando la cabellera... Ahora, después de tu poca hospitalidad, me considero libre para obrar como se me antoje. Tal vez lo diga..., con lo cual los ingresos de Draga habrán terminado, y con los de ella los tuyos, imagino. Piensa en eso cuando me haya largado. Quizá te sientas más feliz.

—¡Bastardo!

—Sí, bueno...

Abrió la puerta. Dio una última mirada al estropeado Hércules de guardarropía, sacudió la cabeza y salió, cerrando suavemente.

Era cierto que la voz del figurín no podía pertenecer al hombre del teléfono. Una voz como ésa hubiera vibrado a través del auricular, igual que unas matracas

* * *

El comisario Lepreux dio un vistazo al dossier que descansaba sobre su mesa.

—Realmente —dijo—, es la voz de alguien equilibrado emocionalmente. Tal vez acostumbrado a hablar en público, o que tiene un intenso contacto oral con otras gentes...

—¿Será posible compararla con las muestras obtenidas hasta ahora?

—Ya están haciéndolo, aunque sin éxito por el momento. El Vocoder descompone las voces en impulso eléctricos, que se reflejan con nitidez en una pantalla. La voz comparada se descompone a su vez en la misma intensidad de impulsos eléctricos y surge también en la pantalla. Si las líneas ondulantes coinciden, es la misma voz. ¿Entiende?

—Perfectamente. ¿Hay margen de error?

—Prácticamente, ni el más mínimo. Es un sistema de identificación tan infalible como las huellas dactilares.

—Entonces, sólo nos resta esperar que haya suerte... antes del último día de julio.

—Para el que ya sólo faltan cuatro días. A propósito, he enviado uno de nuestros expertos a comprobar la voz de ese individuo al que usted aporreó.

—Perderá el tiempo. No era su voz.

—Nunca se sabe. ¿Qué le pareció la dama?

—Impresionante. Pero con una mente como una máquina de calcular.

—Debió usted emplearse a fondo para verle hasta el cerebro...

—No llevaba mucho encima —rio Marcel, despidiéndose.

Ya estaba en la puerta cuando el comisario dijo suavemente:

—¿Le dijo que había solicitado visado para España?

—¿Quién?

—La dama, por supuesto.

—Bueno, ha estado usted moviéndose, a pesar de todo, ¿eh? No, comisario; no mencionó nada de eso.

—Piensa marcharse a España, ¿sabe usted? Yo me pregunto si se propone viajar sola o acompañada

—Ya veo... ¿Por quién imagina usted?

—¿Cómo voy a saberlo? Quizá por ese apuesto galán que usted estropeó.

—¿O con mi cliente, acaso?

—Usted va demasiado lejos, amigo Durand.

—Tengo la impresión de que está usted jugando conmigo, comisario.

—Puede estar seguro que no. En todo caso, si alguien juega con

usted, no soy yo precisamente.

—Eso requiere una aclaración, ¿no cree?

—No estoy en condiciones de aclarar nada todavía, se lo aseguro.

—Dígame una cosa. ¿Sabe si el Hércules dispone también de visado para España?

—Lo averiguaré.

—Hágamelo saber.

Salíó, desconcertado. Lepreux era un zorro, sin duda alguna. Pero en muchas de sus ideas coincidía con Marcel, lo cual no dejaba de preocupar a éste.

* * *

Esa noche, después de la cena, en la terraza y mientras saboreaba un buen café, dijo:

—Señor Ribeyre... ¿Ha decidido usted lo que hará, en caso de que no consigamos localizar al chantajista?

—Le mandaré al infierno. No voy a pagarle un millón, sin más ni más

—Ya veo.

—¿Cree usted que debería pagar?

—No puedo aconsejarle en ese aspecto. Por mi parte, estoy haciendo todo lo que puedo.

—Estoy seguro, Durand. Confío en usted. Estuve pensando mucho sobre este asunto... No creo que sea un hombre solo.

—¿Por qué piensa eso?

—Un tipo solo no podrá recoger el dinero y vigilar los alrededores del lugar donde se efectúe la entrega, todo a un tiempo. Además, no estoy muy seguro de que la voz que grabamos fuera la misma que me llamó las otras veces.

Marcel enarcó las cejas.

—Nunca me había hablado de eso.

—Porque no estaba seguro.

—Y ahora, ¿lo está?

—Seguro, no... es sólo una impresión.

—Ya veo.

—Dentro de cuatro días saldremos de dudas —refunfuñó el millonario, levantándose.

Abandonó la terraza, mascullando una despedida que nadie

entendió.

Su mujer no tardó en seguirle, moviéndose como una triste sombra desangelada y anodina.

Chris susurró:

—Esa mujer me crispa los nervios, querido.

—Olvídala. Vamos a ocuparnos un poco de nosotros para variar.

—Ya sé lo que entiendes tú «por ocuparnos de nosotros». No es éste el lugar.

—Entonces, ¿cuál?

—Eres endiabladamente tenaz, cariño...

—No lo sabes tú bien. Por otra parte, tengo una terrible duda desde la primera noche que pasé en esta casa.

—¿Qué duda?

—La puerta de tu habitación... ¿La cierras con llave por las noches?

—¡Terrible duda! —se burló—. Tengo un cerrojo a prueba de asaltos.

—No tienes corazón.

—¿Quién se preocupa ahora del corazón?

—Los cardiólogos, supongo.

La acercó a sí. Chris sonreía, y sus labios eran como una fruta madura y tentadora.

Él no resistió la tentación y los besó.

El señor Ribeyre se hubiera disgustado mucho si hubiese podido saber que su problema quedaba relegado al olvido por completo aquella noche.

Mucho más tarde se levantaron, aún abrazados, sumidos en una suerte de éxtasis que les elevaba por encima del mundo.

—Te acompañaré a tu cuarto —propuso él—. No quiero correr el riesgo de que te olvides de cerrar la puerta con llave.

—No lo olvidaré, te lo aseguro.

—No lo entiendes...

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Quiero asegurarme de que cierras con llave cuando yo haya entrado.

—¡Tú, maldito pillo...!

—Espérame un minuto, el tiempo de llamar por teléfono, y te escoltaré.

Ella le rozó la boca con los labios.

—Está bien, querido, como tú digas...

Corrió al teléfono. Primero comprobó que la comunicación era solamente para ese aparato, de modo que todos los demás de la casa quedaban anulados. Luego, marcó el número del comisario Lepreux y esperó.

—¿Hable?

La voz del policía no era precisamente cordial:

—Aquí Durand, comisario.

—Hola. ¿Qué le pasa, no puede dormir?

—Precisamente esta noche tengo alguien que va a cantarme para que tenga felices sueños. ¿Qué le parece si hablamos en serio?

—Dispare.

—¿Qué me dice del pasaporte del Hércules?

—Ni siquiera dispone de pasaporte, así que, en todo caso, no será él quien acompañe a la dama en su viaje a España.

—Entiendo. Eso me preocupa.

—Y a mí. Oiga, si le interesa, le diré que al amigo Gerard han debido entablillarle la nariz. No me sorprendería que presentara una demanda contra usted.

—Eso sería digno de tenerlo en cuenta. Buenas noches, comisario. Ya tengo algo más en que pensar.

—Sí, de eso estoy seguro.

Colgó.

Entre dientes dijo:

—Al diablo, por esta noche. Vamos arriba, cariño.

Se volvió.

No había ni rastro de Christine por ninguna parte

8

EL último día del plazo fatal amaneció con el cielo encapotado, amenazando tormenta. Incluso el mar tenía un color grisáceo, turbulento y amenazador.

Desde la ventana de su habitación, Marcel lo contempló, con el ceño fruncido.

Alguien llamó a su puerta con los nudillos, suavemente.

Abrió y se quedó helado al encontrarse ante la señora Ribeyre.

Ella se deslizó dentro, pisando como un gato.

—¡Cierre la puerta, Marcel!

La obedeció, intrigado, viéndola cubierta por una *negligée* que podía calificarse de muchas cosas menos de discreta.

—¿Se ha vuelto usted loca? —murmuró—. Si alguien la sorprende aquí, a estas horas y así, vamos a ver en un lío para explicar la situación.

—Usted no tiene miedo, Marcel.

—En todo caso, no lo tengo por mí.

—Necesitaba hablarle.

—Podía haber elegido cualquier otro momento y lugar.

—Lo intenté, pero usted evita quedarse a solas conmigo. No lo niegue —se apresuró a añadir, al ver el gesto de él—. Sé que le gusta Christine, pero esa chica no tiene nada... ni un céntimo. También comprendo que trabaja para mi marido y que usted piense que le debe cierta lealtad...

—Todo eso es cierto.

—Sin embargo, él no merece ninguna lealtad. Es... es un monstruo de egoísmo.

—Escúcheme...

—No, Marcel, escúcheme usted a mí.

Él suspiró resignadamente.

—Va a ser un día muy duro —dijo—. ¿No podría usted dejarlo para mañana?

—Tiene que ser ahora.

—Bien, la escucho.

Ella titubeó por primera vez. Parte de la determinación que parecía animarla se esfumó.

No obstante, dijo:

—Hoy termina el plazo. Bruno está decidido a no pagar ese dinero, ¿verdad? Bien... tal vez todo sea una bravata y no suceda nada mañana, pero si el chantajista cumple su promesa, Bruno morirá.

—No parece que lo lamente usted mucho.

—En absoluto. La vida junto a él ha sido un infierno. Para Bruno no significa nada... menos que nada. Pero eso ya no importa. Si él... bien, si él desaparece, necesito de un hombre como usted.

—Ya lo dijo una vez, ¿recuerda?

—Y lo repetiré tantas veces como sea necesario. Le he observado durante ese tiempo, Marcel. Usted no es rico, ni mucho menos. Yo le ofrezco una fortuna. Liquidaremos los negocios de Bruno, lo venderemos todo. Crearemos algo nuestro, Marcel, usted y yo, en cualquier otra parte donde nadie nos conozca. ¿No se da cuenta? Es la oportunidad de nuestras vidas...

Él se estremeció, ante la salvaje intensidad de aquella voz.

—Está construyendo castillos en el iré, señora —dijo, dominándose—. Para empezar, su esposo está vivo, y es muy posible que no muera hasta que sea viejo.

—Estoy segura de que ese hombre cumplirá su promesa.

—Aunque así fuera...

—Marcel, ¿no quiere comprenderlo?

—¿Comprender qué?

Ella levantó los brazos y le sujetó, enlazando las manos detrás de su cuello.

—Marcel... aunque le cueste creerlo, he vivido tan sola durante años...

El investigador retrocedió, desprendiéndose de aquellos brazos,

apartándose de la boca que buscaba la suya desesperadamente.

—No cuente conmigo —murmuró secamente—. No sirvo para esta clase de negocios.

Ella se puso rígida. El color huyó de sus mejillas.

—¿Es definitivo? —susurró con una voz llena de ira.

—Sólo tengo una palabra. Y la empecé con el señor Ribeyre.

Sin replicar, ella se dirigió a la puerta, muy erguida, temblando de furia y humillación. Salió, dejando la puerta abierta, y él acudió a cerrarla con cuidado.

No desayunó en la casa ni pudo ver a Chris antes de partir.

La muchacha también le llevaba por el camino de la amargura. Tan pronto se mostraba apasionada y sincera, como le esquivaba, igual que sucedió unas noches antes, cuando se escabulló mientras hablaba por teléfono.

Maldijo entre dientes al dejar atrás la verja a bordo de su coche. Recorrió la distancia hasta Antibes como un rayo, y estacionó frente a la Prefectura, con un chillido de neumáticos castigados.

El comisario Lepreux se quitó la pipa de los dientes, al verle entrar en su despacho.

—Está usted agitado, amigo mío. ¿Algo no anda bien?

—Esa es una buena pregunta, aunque yo le daría la vuelta y preguntaría si hay algo que vaya realmente bien. ¿Olvidó que hoy termina el plazo?

—Tengo una memoria excelente.

—Bien...

—¿Las pruebas de voz?

—A eso he venido.

—Negativas. Ninguna es la de nuestro hombre. Más de veinte grabaciones... En fin, perdimos el tiempo por ese lado. Todos sus ex asociados, los que fueron propietarios de algunas de las empresas de que se apoderó Ribeyre... el ex director de la sucursal bancaria, el maltrecho gigoló... y nada.

Marcel lanzó un gruñido de disgusto.

—¿Se ha preguntado usted cómo supo el chantajista que estábamos grabando su voz por el teléfono?

Lepreux sonrió.

—Muchas veces. ¿Y usted?

—Seguro.

—¿Y...?

—Alguien le advirtió. Ni por un momento creí su cuento de que lo había adivinado por su cuenta.

—Bueno, pero ¿quién?

—Tal vez la esposa de Ribeyre. Le odia, está ansiosa por librarse de él.

—Esa mujer es inofensiva.

—¡Con un demonio, inofensiva! Hemos tenido una escenita esta mañana, en mi dormitorio que... No es inofensiva.

Lepreux sacudió la cabeza, escéptico.

—Se siente frustrada. Cualquier mujer se sentiría igual, en su situación. Para nadie es un secreto que su marido la ignora... o quizá fuera mejor decir que la desprecia. Él considera que es demasiado inculta para ser digna de figurar a su lado, al lado del gran triunfador. Pero no pasa de ahí, créame.

—Alguien está detrás del chantajista para que supiera el truco de la grabación. Además, todo fue cronometrado; estaba esperándome, apenas terminada la conferencia. ¿Cómo diablos pudo prever que yo saldría inmediatamente para traerle a usted el rollo de cinta?

—Hizo la llamada desde una cabina telefónica que hay cerca del desvío, de modo que estaba cerca de la tasa.

—Pero con el coche robado a punto para cerrarme el paso...

El comisario cabeceó.

—De acuerdo, convengamos que alguien le avisó con antelación. ¿Sospecha de alguno de los sirvientes?

—No, desde luego que no. Ninguno podía saber mis planes.

—Entonces... ejem... la linda secretaria, ¿sí?

—¡Escuche, comisario! Christine está fuera de este asunto.

—Bueno, bueno, no lo tome por la tremenda. ¿Quién, entonces?

—La esposa, naturalmente. No queda nadie más.

—Ahí es donde se equivoca, Durand.

—Comisario, está burlándose de mí.

—No me diga que no lo pensó. Hizo algunas averiguaciones que sólo podían significar una cosa.

—¿El propio Ribeyre?

—Casi seguro.

Marcel se recostó en la dura silla, con un brillo peligroso en sus

ojos.

—Es cierto —dijo—; lo pensé en un principio. No sería la primera vez que un financiero en apuros idea una triquiñuela por el estilo...

—Y ahora, ¿ya no lo piensa?

—No sé... en todo caso, es un actor soberbio. Además, queda por explicar la identidad del tipo del teléfono.

—Hay hombres para todo en la costa, si alguien les paga bien.

—Si sabe algo que yo ignoro, suéltelo de una vez, ¿quiere?

—Estamos trabajando a fondo. Hay muchas cosas sucias en la vida financiera de nuestro preclaro ciudadano —había sarcasmo en la voz del policía—. Por ejemplo: sé que además de la demanda del Banco que estafó, hay un asunto de muchos millones que tampoco está claro. Ha paralizado algunas obras que ya tiene casi cobradas en su totalidad. Algunos solares destinados a viviendas, en Niza, han cambiado de manos, a pesar de haber aceptado sumas crecidas a cuenta de los apartamentos... No, amigo Durand; la trayectoria de nuestro hombre resulta muy poco ejemplar. Me gustaría saber cómo diablos piensa salir del fenomenal embrollo financiero en qué está metido.

—De cualquier modo, no podrá salir de él mediante un fingido chantaje telefónico.

—Le confieso que me gustaría mucho poder leer sus pensamientos. Ese hombre es un enigma.

—Volvamos al asunto de la voz...

Lepreux suspiró cansadamente.

—No hay nada por ese lado, ya se lo dije.

—Permítame... Usted dijo que, según los expertos, era una voz tranquila, que no se alteraba siquiera en esa conversación de la que podía derivarse o un millón de francos para él, o un asesinato a sangre fría.

—Cierto.

—Añadió que los peritos creían que se trataba de alguien acostumbrado a hablar en público... con toda clase de gentes.

—También es verdad, pero eso no es concluyente.

—Es mejor que nada. Ribeyre posee un hotel, ¿no?

—El Hotel del Mar, sí.

—Bueno, se me ocurre que los camareros están muy

acostumbrados a tratar con el público. Incluso algunos poseen una voz sin inflexiones, que casi nunca se altera por nada.

Lepreux mordió su pipa como si tuviera algo personal contra ella. Marcel esperó verla quebrarse por la mitad, de un instante a otro.

—Que me condene si ahora no ha dicho usted algo —rezongó.

—No ha de resultar difícil conseguir muestras de las voces de los camareros de ese hotel, comisario.

—Eso debió ocurrírseme a mí antes... Bien es verdad que pensé en uno de sus empleados, pero entre el hotel, el club y sus empresas de construcción había alrededor de dos mil. Era imposible.

—Ahora hemos reducido el número.

El comisario se levantó como impulsado por un resorte.

—Voy a dar órdenes al respecto. Quizá tengamos suerte.

Marcel abandonó la silla, íntimamente satisfecho de cómo se desarrollaban las cosas.

—Le llamaré a la noche. Con seguridad que el hombre telefoneará hoy para saber seguro si va a recibir el dinero o no. Grabaré su voz de nuevo, y podremos estar más seguros, en caso de descubrirle.

—Muy bien. Ah, casi lo olvido, con todo esto. Su cliente renovó el pasaporte hace un mes en la Prefectura de Niza. Y, por si le interesa, le diré que tiene visado para España. Cualquiera pensaría que hay un gran interés para visitar nuestro vecino país, ¿eh?

—¡Maldita sea! Y no lo dice usted hasta ahora.

—Confidencia por confidencia, amigo mío.

—¡Al demonio con usted!

Lepreux aún estaba riéndose cuando Marcel salió, dando un portazo.

9

EL teléfono sonó casi a la misma hora que la vez anterior.

Nadie habló. Bruno Ribeyre se encaminó al aparato, seguido por Marcel. Este puso en marcha la grabadora, y ambos descolgaron el auricular a un tiempo.

—¡Hable! —gruñó el financiero.

—El tiempo se extinguió —dijo la voz—. ¿Qué ha decidido?

—¡Voy a decírselo! —rugió Ribeyre—. ¡Puede irse al infierno, maldito bribón! No pienso darle un céntimo.

Hubo un largo silencio. Después, la voz, tan tranquila como siempre, dijo:

—Encárguese la mortaja, Ribeyre. A partir de este mismo instante es como si ya estuviera muerto.

—¡Al diablo con eso! Voy a decirle algo más, maldito...

—No desperdicie el tiempo. Rece, si sabe.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Ribeyre dejó el auricular, sacó su pañuelo y lo pasó por su frente cubierta de sudor.

Marcel paró la grabadora y quitó el carrete de cinta.

—Ese fulano ha visto demasiados seriales de televisión —refunfuñó.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre?

—Tómelo con calma. Durante un par de días, usted no saldrá de aquí. Si ese charlatán pretende cumplir su palabra, se verá obligado a venir. Bueno, estaremos esperándole.

Tras él, Christine murmuró:

—¿No sería preferible que los dos gendarmes que patrullan por

los alrededores entraran en la casa esta noche, Marcel?

—Tal vez sí... hablaré con ellos.

Dio un vistazo hacia la señora Ribeyre, que estaba levantándose de un sillón. La mujer atravesó el salón como un fantasma. No pronunció ni una palabra, y desapareció escaleras arriba.

Los ojos del millonario eran dos brasas, cuando la miró. Luego, soltó un abrupto juramento y regresó a la terraza, donde se sirvió otra copa de coñac.

Chris susurró:

—¿Qué va a pasar, Marcel?

—Nada, no te inquietes. Todo está bajo control, créeme.

—Quisiera tener tu seguridad, querido.

—Es mejor que vayas a acostarte. Y esta noche no es necesario que cierres con llave, linda. Aunque quisiera, no podría entrar a turbar tus sueños.

Ella sonrió. Con voz muy baja, musitó:

—No la he cerrado ninguna noche, tonto.

Le besó fugazmente y también se fue escaleras arriba.

Marcel maldijo para sus adentros por haber sido tan crédulo o tan prudente. Luego, descolgó el teléfono y llamó a Lepreux.

—Tengo otra grabación, comisario —anunció cuando el policía estuvo en el aparato.

—¿Va a traérmela ahora?

—No, esta noche prefiero quedarme aquí. Además, voy a pedir a sus hombres que entren en la casa esta noche, si usted no tiene nada que oponer.

—En absoluto. Oiga, ese teléfono, ¿es de confianza?

—Sí.

—Bien, entonces le diré que no sucederá nada. Todo ha sido una mascarada, aunque no puedo adivinar aún qué se propone nuestro distinguido amigo.

—Yo tampoco. ¿Qué hay de esas voces?

—Tenemos todas las del personal del hotel. Los técnicos están trabajando en ellas, y no descansarán en toda la noche, si es preciso.

—Perfecto, comisario. Llámeme si obtiene un resultado positivo. No me acostaré esta noche.

—Hasta luego, entonces.

Colgó.

Ribeyre gruñó:

—¿Está usted armado, Durand?

—Por supuesto.

—Menos mal.

—Acepte un consejo, señor Ribeyre. Vaya a acostarse. Los dos gendarmes y yo velaremos toda la noche. Nada sucederá.

—No podría dormir.

Marcel se encogió de hombros y fue en busca de los dos gendarmes que patrullaban en el exterior.

Ambos eran jóvenes y parecían eficientes. Un tanto cohibidos, se instalaron en el salón, no atreviéndose a aceptar el coñac con que fueron obsequiados.

No obstante, sí aceptaron el café. Minutos más tarde, emprendieron la primera ronda de reconocimiento por el inmenso interior, asegurándose de que las ventanas estuvieran bien cerradas y que las puertas tenían echada la llave.

Así empezó aquella tensa noche de espera.

* * *

Ferdinand Carbucci cenó ligeramente en Antibes y luego salió a la noche, en busca de un auto que no ofreciera dificultades.

Lo encontró media hora después. Era un «Fiat 2.000», con matrícula italiana. A juzgar por el polvo que tenía sobre la carrocería, llevaba varios días sin ser utilizado por sus dueños.

Abrir la portezuela resultó un juego de niños. Establecer el contacto ofreció más resistencia, pero minutos más tarde el motor zumbaba silenciosamente en la quieta calle

Sin titubear, se dirigió a las cercanías de su apartamento, donde cargó dos maletas vacías en el auto. Luego, tranquilo, volvió a ponerlo en marcha y lo pilotó rumbo a la Corniche.

Esta era una buena noche para «trabajar». Después de mucho pensarlo, había decidido que la villa en la que ahora ya sabía que no vivía nadie más que la vieja era un buen objetivo.

Así que condujo sin prisa hasta el desvío, por el que se internó. Apagó los faros mucho antes de llegar a la impresionante verja de los Ribeyre. Sabía que si alguien veía pasar un coche a semejantes horas de la noche por el camino que sólo llevaba a la casa de la vieja podría llamar la atención, así que lo ocultó entre los árboles,

tomó las maletas y echó a andar.

Esa iba a ser su noche, sin duda alguna.

Carbucci no podía saber que, realmente, ésa iba a ser su noche.

La última noche de su vida.

* * *

Los dos gendarmes estaban confortablemente hundidos en sendas butacas.

Junto al teléfono, Marcel fumaba distraídamente un cigarrillo.

Uno de los gendarmes, llamado Duconnot, murmuró:

—¿Cree usted que «nuestro cliente», podrá pegar un ojo esta noche?

Marcel sonrió.

—No me sorprendería. Desde que ha subido a su habitación, no ha vuelto a oírse nada en toda la casa.?

—¡Y qué casa! —rezongó el otro policía, cuyo nombre era Rancourt—. No viviría aquí ni por obligación.

—¿Qué te parece, damos otra vuelta? —propuso su compañero.

—Como quieras, pero no creo que nadie pueda entrar. Las ventanas son inviolables desde el exterior.

Se levantaron.

Aún no habían llegado a la puerta cuando un motor rugió en el jardín.

Marcel se levantó de un brinco y los dos gendarmes se miraron, atónitos.

—¡Maldita sea! —gruñó Duconnot—. El tipo es capaz de venir en coche para...

No terminó. Marcel pasó por su lado como un rayo, y ambos echaron a correr tras él hacia la puerta principal.

El coche aceleró, alejándose. Cuando abrieron la puerta ya apenas se oía y el rumor se desvaneció en el aire pesado y húmedo, dejándoles en medio de un silencio completo.

—¿Qué cree usted que significa eso? —rezongó Rancourt.

—No me lo pregunte, pero iremos a comprobarlo ahora mismo.

Subió las escaleras a saltos. La habitación de Ribeyre estaba cerrada, pero abrió la puerta de un empujón y saltó dentro.

La habitación estaba perfectamente vacía.

—¡Se ha ido! —jadeó Duconnot.

—¡El tipo debe haberse vuelto loco! —sentenció su compañero.

Chris apareció al final del pasillo, envuelta en un salto de cama que parecía flotar en torno a su cuerpo como una nube.

—¡Marcel! —exclamó—. ¿Qué sucede?

Los dos gendarmes la miraron y, por unos instantes, uno y otro estuvieron a punto de sufrir de estrabismo. A través de la nube que parecía flotar en torno al cuerpo de la muchacha hubiera podido leerse un periódico.

—¡Regresa a la cama, linda! No puedes hacer nada aquí, como no sea dejar a dos gendarmes fuera de circulación...

—¡Pero, Marcel...!

—¡Se ha ido, eso es todo!

Regresó a la planta baja, seguido por los dos apurados policías.

Duconnot dijo, al llegar abajo:

—Nos pedirán responsabilidades, si le sucede algo a ese hombre... Oiga, señor Durand, usted podrá atestiguar que no ha sido culpa nuestra...

—Olvédelo. Ese maldito tipo tiene una mente retorcida como un sacacorchos.

Se encaminaba a la puerta cuando el teléfono sonó, estridente, brutal en medio de la tensión.

Lo descolgó de un zarpazo.

—¿Quién?

—Lepreux al habla. ¿Es usted, Durand?

—Sí.

—¡Ya lo tenemos!

—¿Qué es lo que tiene?

—Buena pregunta —rezongó el comisario—. ¿Está usted dormido o qué? ¡La voz, hombre, la voz!

—Esa es la noticia del año. Pero agárrese, comisario, que yo tengo otra mejor.

—¡Eh, no me diga que han matado a su cliente! No lo creería en mil años... ni después de identificar al chantajista.

—Ribeyre se ha largado.

—¿Qué?

—Lo que oye. Salió de la casa cuando todos pensábamos que estaba en su cuarto, tomó uno de los coches y salió zumbando. Fue imposible impedirlo.

—¡Maldito si lo entiendo! ¿Adónde demonios se dirige ese

hombre, Durand?

—No lo sé. ¿Ha interrogado al tipo del teléfono?

—Aún no. Han ido a buscarlo ahora. Tenía usted razón; es uno de los camareros del hotel.

—Le apuesto doble contra sencillo a que le dirá que fue Ribeyre quien le ordenó representar esa comedia. Hasta luego, comisario.

Colgó, desconcertado. Primero pensó que quizá Ribeyre había decidido eliminar a su cómplice, pero eso era absurdo porque no le llevaría a ninguna parte práctica.

Hubiera dado cualquier cosa por saber el destino de su cliente.

* * *

Ferdinand Carbucci vio el resplandor de los faros y oyó el suave zumbido de un motor poderoso que se aproximaba.

Dio un salto para ocultarse en las sombras, pero entorpecido por las dos maletas perdió unos segundos preciosos y el brillo del coche le cegó.

Trastabillando, abandonó las maletas y trató de huir. Los frenos del gran coche chillaron cuando se detuvo en seco. Una puerta sonó claramente al apearse Bruno Ribeyre.

—¡Alto ahí! —gritó.

Carbucci perdió la serenidad. Estaba a menos de cinco pasos de aquel hombre que avanzaba resueltamente. Trató de escapar aún, y en aquel instante una pistola de pequeño calibre ladró tras él.

Ferdinand Carbucci se envaró, volviéndose con un dolor de fuego en la espalda.

En medio de la claridad de las luces del coche, distinguió al hombre, ahora mucho más cerca. Llevaba una pistola brillante en la mano y le decía algo con voz alterada.

Una oleada de ira le invadió. Hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

La pistola retumbó por segunda vez y de nuevo la pequeña bala laceró sus entrañas como una atroz desgarradura.

Los dedos de Carbucci se cerraron convulsivamente en torno a la empuñadura de la navaja automática que llevaba en el bolsillo. Sacó la mano, apretando el arma.

¡Y su matador estaba riéndose!

Parecía volverse loco de furor homicida, de ira y de rencor. Trastabilló hacia su enemigo, avanzando la mano cerrada.

Sonó otro estampido, pero la bala esta vez no le acertó, o por lo menos él no sintió nada.

El hombrón dejó de reírse. Carbucci apretó el resorte y la afilada hoja saltó hacia adelante con un chasquido. Él se abalanzó tambaleándose, el cuchillo encontró donde enterrarse, y Ribeyre no pudo contener un alarido.

Carbucci estaba como loco, a causa del dolor. Echó el brazo hacia atrás y repitió el golpe. Notó perfectamente cuando la hoja se enterró por entero en alguna masa blanda... luego, la pistola llameó y ambos hombres se desplomaron a un tiempo.

Carbucci soltó un largo quejido, tratando de arrastrarse. Salió del brillante cono de luz y su cara se abatió sobre la grava, abandonando el cuchillo, muriendo en medio de un terror como no creyó sentir jamás.

Un terror por encima del cual sólo flotaba una pregunta.

¿Por qué?

Era una pregunta que no tenía respuesta.

Bruno Ribeyre, murió antes que su víctima. Carbucci, agonizante, sin sangre en el cuerpo, aún alcanzó a ver, en medio de la niebla que enturbiaba sus ojos, las bellas piernas de una mujer que súbitamente apareció en el círculo de luz.

Incluso creyó escuchar un grito de espanto, y más tarde, el motor de un coche alejándose... pero no era el «Cadillac» descapotado... éste seguía allí, derramando luz sobre aquella escena de muerte, sangre y absurda incompreensión.

10

EL rostro del comisario Lepreux era una máscara desencajada y pálida. Estaba terriblemente furioso y no trataba siquiera de disimularlo.

—¡No tiene explicación! —gruñó una vez más—. ¿Por qué salió armado, y cómo, si sabía que el chantajista estaba allá fuera, salió solo en su busca?

—Él no lo sabía —sentenció Marcel, de mal talante—. Hay algo que no encaja en ese cuadro

—Tal vez, cuando traigan a la dama, podamos aclararlo.

—Oiga, traer a Draga aquí también es una condenada ocurrencia, comisario.

—¡Al demonio con eso! No voy a andarme con miramientos cuando mi propio cargo está en el alero. Este asunto levantará una polvareda.

—¿Por qué? Usted acertó en sus sospechas.

—Lo mismo que usted. Pero no hicimos nada a tiempo. Permitimos a Ribeyre largarse de la casa, armado de una pistola. Por cierto, tenía licencia para el arma. Licencia, estando procesado. Me gustaría saber cómo la consiguió.

—Eso no importa ahora. ¿Vamos a interrogar a ese fulano?

—Sí, quizá eso me tranquilice.

El detenido esperaba en un saloncito, custodiado por dos gendarmes de uniforme. Era un hombre apuesto, de cara pálida y facciones delgadas.

—Usted es Etienne Lagrange —le espetó el comisario

El camarero tragó saliva con dificultad.

—Sí, señor —murmuró.

—Bien, empiece a hablar, cuéntelo todo desde el principio.

—Todavía no sé por qué estoy aquí, señor comisario —balbució. Lepreux bufó como una caldera a presión.

—¡Voy a acusarle de cómplice de un asesinato! ¿Sabe ya ahora por qué está aquí?

Lagrange se tambaleó en la silla como si acabaran de golpearle.

—¡Usted no habla en serio...!

—¡Ya lo creo que sí! Tenemos registrada su voz. Hemos hecho todas las comprobaciones necesarias, de modo que confiese y quizá eso le ayude a salir del lío en que está metido.

Etienne Lagrange no era ningún héroe precisamente. Paseó su mirada llena de pánico por todos los presentes; el comisario, ceñudo y furioso. Marcel, que le contemplaba con ojos inexpresivos. Y los dos gendarmes, que no parecían prestarle siquiera atención, como si él no existiera.

—Está bien —musitó—. Lo diré todo.

—Adelante, no se detenga ahora.

—No podía decirle que no al patrón... me hubiera despedido, ¿comprenden? Era rencoroso, y no se andaba por las ramas. Cuando le tomaba ojeriza a un empleado... bueno, lo ponía de patitas en la calle y no había nada que hacer.

—Al grano, Lagrange.

—Sí, sí, señor. Él me habló hace casi un mes. Dijo que estaba en un apuro y que, si yo le ayudaba, me regalaría cinco mil francos... y lo tendría en cuenta para cuando faltara un maitre en el hotel. No pude decirle que no, compéndalo, señor comisario...

Marcel terció:

—Ribeyre le dijo que debía efectuar unas llamadas telefónicas, en fechas determinadas.

—Sí, y me hizo aprender de memoria lo que debía decir. Pero nunca me dio los cinco mil francos, les aseguro que no cobré ni un céntimo.

—Está bien, está bien. Llévenselo. Redactará una declaración detallada y veremos de qué puedo acusarle. ¡Vamos, fuera de aquí!

Los dos gendarmes salieron al trote, llevando entre ellos al detenido.

—Eso está claro —suspiró Marcel—, lo que no comprendo es la

muerte del desconocido... ni la presencia de las dos maletas vacías, ni...

—Mire, todo se aclarará. Por el momento, sabemos que el coche en que vino el desconocido era robado. El individuo llevaba una navaja de profesional, así que no podía ser ningún inocente palomo. Además...

Se interrumpió, al oír maniobrar un coche allá fuera. Instantes más tarde, dos agentes de paisano introdujeron a la opulenta y espectacular Draga.

—Bien, parece que todo va aclarándose —rezongó Lepreux—. ¿Hubo dificultades para traerla aquí?

Uno de los agentes sacudió la cabeza.

—Ninguna, señor comisario —dijo—. Llegamos a tiempo... La dama estaba sacando sus maletas del apartamento. Se iba de viaje.

—A España, por supuesto.

Draga se encogió de hombros.

—Lo saben ya, ¿no es cierto? —dijo, desalentada.

—Casi todo. Falta lo que usted pueda decirnos para completar el cuadro.

—Como si lo ignorasen...

—Ignoramos el paradero del dinero, Denisse —apuntó el comisario.

—Denisse... hacía tanto tiempo que nadie me llamaba por mi verdadero nombre.

—Siga.

—El dinero, muchos millones, se encuentra parte en España y parte en Suiza. Él... Bruno, lo llevó fuera del país. Estaba en apuros, había descuidado mucho sus negocios. Además, quería librarse de todas las trabas que le retenían aquí... dijo que quería vivir de nuevo... conmigo...

—Fue por eso que usted preparó su pasaporte para irse a España.

—Sí. Estaba todo preparado. Ideó una treta para que todo el mundo creyera que le habían asesinado y hundido su cadáver en el mar. Así nadie le buscaría jamás. Era tan sencillo, cuando él lo contaba...

—¿Sencillo? —rezongó Lepreux—. No veo la sencillez por ninguna parte.

Ella sacudió la cabeza.

—Usted no comprende. Tramó toda una historia de amenazas, chantaje y una fecha: hoy en la noche. Él se negaría a pagar, por supuesto. Repasó el plan centenares de veces, mientras liquidaba todo lo que era factible de ser vendido a cambio de dinero contante y sonante.

—Y entonces, aparecí yo —intervino Marcel, ceñudo.

—Sí. Me dijo que había conocido a un detective de París, que lo había contratado para que, estando usted aquí, pudiera atestiguar sin lugar a dudas que le amenazaban realmente. Usted significaba una garantía de autenticidad, podía dar fe de que estaba asustado, de que había realmente un chantajista que amenazaba matarlo, si no pagaba.

—Claro, claro... Me tomó el pelo, al principio.

—Continúe, Denisse —dijo el comisario, con una voz extrañamente suave.

—¿Qué más quiere saber? Podrán recuperar el dinero y él ha muerto... Todo salió mal.

—Quiero saber toda la trama. ¿Cómo pensaba desaparecer?

—Iba a preparar las cosas para que todos creyeran que no se trataba de un solo chantajista. Pero al mismo tiempo necesitaba alguien que cargara con el mochuelo, según decía. Alguien que... que debía morir.

—¿Quién?

—Un camarero, dijo.

—Ya veo.

—Así creerían que él había luchado, pero que el cómplice le había matado a él, lanzando su cadáver al mar.

—¿Cómo pensaba hacernos creer eso?

—Por medio del coche... de su «Cadillac» descapotable. Iba a hundirlo en el mar.

Marcel rezongó:

—Eso estaba bien ideado. Un coche descubierto que se despeña, lanzando el cadáver quién sabe adónde. Si uno se detiene a pensarlo, es la única manera de hacer desaparecer un cuerpo con alguna garantía de éxito. Por mucho que se dude, nunca se podrá probar que no está realmente sirviendo de merienda a los peces del litoral.

—Muy bien, el tipo era un genio —dijo Lepreux—. Pensaba matar al camarero que le había servido para sus fines, pero resulta que mató a otro individuo que nadie conoce aún. Veremos cuando nos respondan desde París. Un individuo que llevaba una navaja automática en el bolsillo, que había robado un coche y que trasladaba dos maletas vacías. Explíquenos eso.

—Yo tampoco lo comprendo...

—Un ratero —dijo Marcel, de pronto.

—¿Qué?

—Las maletas, el coche robado... la navaja de profesional en el bolsillo. El desconocido era un ladrón, comisario. ¿Hay otras residencias por los alrededores?

—Una, a menos de un kilómetro. En realidad, el camino muere ante la entrada de esa villa.

—¿Deshabitada?

—No, vive una mujer en ella. Una anciana llamada Gardeau.

—¿Sola?

—Sí.

—Ahí tiene.

—Es una explicación como cualquier otra —rezongó Lepreux, disgustado.

—Es la única que se me ocurre.

—Pero su Ribeyre no conocía a ese individuo, ¿por qué le mató?

—Bueno, no sabemos quién atacó a quien, aunque yo apostaría por Ribeyre. Era un hombre de decisiones rápidas, ¿no es así? Vio a un hombre cargado con dos maletas en la noche, en un lugar donde no había razón para que estuviera, puesto que ese camino es privado.

—Continúe —le animó el comisario con ironía.

—Ribeyre detuvo el coche, empuñó la pistola y le dio el alto.

—¿Y luego?

—El hombre quizá se le echó encima. O tal vez trató de huir. Tenía una bala en la espalda, ¿no? Bueno, el caso es que consiguió empuñar su navaja y se defendió.

—Ahora, dígame por qué, si Ribeyre ya tenía elegida a su víctima, cambió de parecer al ver al desconocido.

—Eso merece tiempo para reflexionar, pero yo diría que la idea fue que el camarero estaba mejor vivo que muerto. No olvide usted

que teníamos registrada su voz. Si le identificábamos sería acusado de cómplice en el chantaje, y desaparecido Ribeyre nadie creería su historia de que el propio Ribeyre le obligó a representar su comedia.

—Hasta ahora lo hace usted muy bien, Durand —comentó Lepreux—. Ribeyre desaparecido, uno de los chantajistas muerto, y el otro, si le identificábamos por la voz, redondeando el cuadro. Por si fuera poco, el «Cadillac» despeñado y hundido en el mar...

—Y entre tanto, nuestro hombre gozando del sol de España... A propósito. Draga, o Denisse, si lo prefiere ¿En qué lugar de España pensaban establecerse?

—Bruno había comprado una pequeña villa cerca de Torremolinos.

—Ajá. Con nombre supuesto, naturalmente.

Ella desvió la mirada.

—Señor y señora Seelinger —musitó.

—Perfecto —gruñó Marcel—. Casi estoy tentado de descubrirme ante ese condenado tipo, comisario.

Este suspiró. Estaba satisfecho, pero no tanto como cabía esperar.

—Denisse... —murmuró.

—¿Qué más quiere? Ya no tengo nada más que decir. Lo saben todo.

—Quién ignora algunas cosas es usted. Por ejemplo, ¿sabe que se hizo cómplice de un asesinato?

Ella se estremeció.

—Yo no debía intervenir, sólo esperarle con mi coche, seguirle a partir del momento que saliera del desvío y recogerle cuando hubiera despeñado el auto suyo.

—Pero usted sabía que se proponía matar a un hombre...

—Bueno, sí.

—Ahí tiene.

Marcel gruñó:

—Todo eso son tecnicismos, comisario. Con la figura y las piernas de Denisse, ningún tribunal la condenará. Y menos ahora que puede lucirlas de arriba abajo con una buena mini falda. Los miembros del jurado ni siquiera oirán la voz del fiscal.

Lepreux soltó un juramento.

—¿Ha terminado usted, Durand?

—Creo que sí.

—Entonces, lárguese. Yo me ocuparé de todo lo demás... incluida la Prensa.

—Ya veo.

—Usted desea que si alguna otra vez ha de trabajar en la costa, la policía esté de su parte, ¿no es cierto?

—Seguro.

—No lo olvidaré, amigo mío. Buenas noches.

—Es usted un maldito zorro, comisario, y no me importa que lo oigan sus subordinados. Adiós.

Dio media vuelta. Al salir del saloncito casi tropezó con la señora Ribeyre, ahora ya viuda Ribeyre.

La mujer estaba muy pálida. Como de costumbre, se retorció las manos como si quisiera romperse los dedos uno a uno.

Él se detuvo.

—¿Lo oyó todo, señora? —preguntó suavemente.

—Sí... ¿Qué voy a hacer ahora, Marcel?

—Contrate un buen abogado, en el que pueda confiar. Él le resolverá todos los asuntos, y no va a faltarle trabajo.

—¿Usted no...?

Él sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento —murmuró—. Soy una nulidad en asuntos financieros.

Ella suspiró.

—El caso es que no necesito solamente un asesor financiero, Marcel. No quiero volver a sentirme sola nunca más.

—Estoy seguro de que también solucionará este problema, señora.

Ella le miró intensamente. La humedad de sus ojos se convirtió en lágrimas, que rodaron por sus mejillas

—Adiós, Marcel —musitó.

Esa fue la última vez que él la vio.

Subió rápidamente a la habitación de Chris. Si era cierto que no cerraba la puerta con llave.

Lo probó con infinito cuidado. La puerta giró, mostrando un interior iluminado.

Se coló dentro, incrédulo.

—¿Nadie te enseñó a llamar a las puertas, corazón?

Christine estaba vestida del todo, con un elegante traje veraniego de alegres colores. Terminaba de llenar una maleta y había otra cerrada al lado.

—¿Qué diablos estás haciendo? —exclamó Marcel.

—¿Olvidas que me he quedado sin empleo? Además, después de todo lo sucedido, no podría continuar aquí.

—¿Y adónde crees que irás?

—No lo sé... de momento a un hotel, por supuesto.

—Ajá. ¿Y después?

—He de pensarlo.

—Yo lo pensaré por ti. Dame esa condenada maleta y larguémonos de aquí.

—¡Eh, espera un minuto!

—¿Para qué? El comisario me ha echado. Ya no tengo nada que hacer en esta choza.

Cerró la maleta de la muchacha, tomó la otra y se encaminó a la escalera.

Minutos después, el «Facel Vega» se deslizaba como un silencioso fantasma rumbo a Antibes. Marcel Durand pensaba que nadie en toda la costa podía servirse tan feliz como él esa noche.

Chris suspiró:

—Lo malo en esta época es que los hoteles están repletos.

—No hay habitaciones en ninguno.

—Hay que reservarlas con mucho tiempo de antelación, ya lo sé. Él empezó a silbar entre dientes.

—¿Qué te ocurre, querido? —se burló ella—. No pareces preocupado ante la perspectiva de dormir bajo las estrellas.

—Soy un hombre prevenido, corazón.

—¿Tú?

—Ajá.

—¿Dónde está tu previsión?

—En el hotel Playa, nena.

—Ahí es donde te alojabas antes, pero está tan lleno como todos los demás.

—De eso puedes estar segura. Pero cuando me fui a la choza de Ribeyre no dejé mi habitación. Sigo conservándola. Y ahora, ríete de mi previsión si puedes.

Ella no se rio, ni mucho menos. Más bien comenzó a preocuparse.

Marcel no había mentido. El hotel estaba repleto, pero su habitación se hallaba disponible. Tomó la llave en recepción y echó a andar hacia las escaleras, ante la preocupada mirada del empleado de noche, que empezó a pensar en las posibles complicaciones con la gerencia si en una habitación individual se alojaban dos huéspedes...

Aunque uno de ellos fuera una belleza tan espectacular como la que desaparecía escaleras arriba.

Marcel introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y encendió la luz.

—Entra, linda, nadie va a morderte —dijo, al ver que ella dudaba.

—Quisiera estar segura de eso.

Entró y él cerró la puerta.

Chris vio que metía la llave en la cerradura y le daba vuelta sin titubear.

—¿Qué estás haciendo, amigo? —le espetó.

—Esto... soy un tipo precavido.

—Eso ya lo dijiste antes.

—Bien, nunca dejo la puerta abierta, tú sabes. Uno nunca puede imaginar qué clase de intrusos se le colarán en la habitación.

—Ya veo... ¿Y por qué demonios te guardas la llave en el bolsillo?

—¿Eso hice? Ni siquiera lo advertí. Tú alteras mis reacciones, primor.

—¡Eh, espera un momento!

Pero él no esperó. Después, ella ya no pudo protestar porque sus labios estuvieron apresados en una especie de cepo, y en todo el resto de la noche no pudo librarse de él.

Con toda seguridad, tampoco lo deseó a juzgar por el poco entusiasmo que puso en su resistencia.

Así que nadie abrió aquella puerta hasta el día siguiente.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España